9365

RAFFLES

COMEDIA

en cuatro actos y en prosa,

BASADA EN UNA NOVELA INGLESA,

ARREGLADA AL CASTELLANO

POR

GIL PARRADO

SEGUNDA EDICIÓN

PROPIEDAD
MADRID

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1911

RAFFLES

250996

Esta obra es propiedad, y nadie podrá reimprimirla ni representarla sin la oportuna autorización.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

RAFFLES

COMEDIA

en cuatro actos y en prosa,

BASADA EN UNA NOVELA INGLESA,

ARREGLADA AL CASTELLANO

POR

GIL PARRADO

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 11 de Febrero de 1908

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

S. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1911

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
GWENDOLINE, prima de Ethel.	SRA.	RUIZ.
LADY MELROSE, hermana del Conde.....		QUIJADA.
ETHEL, hija del Conde	SRTA.	PÉREZ DE VARGAS.
MADAME VIDAL..... ..	SRA.	SÁNCHEZ
MARÍA, doncella.....	SRTA.	CARBONE (A.)
RAFFLES.....	SR.	CALLE.
BEDFORD.....		RAMÍREZ.
ENRIQUE MANDERS.....		VILCHES.
EL CONDE DE AMERSTETH.		BONAFÉ.
EL VIZCONDE JORGE, su hijo.		CATALÁ.
CRAWSHAY.....		MOLINERO.
MERTON, ayudante de Bedford.		CONTRERAS.
GOLDBY, ayuda de cámara.. .		CALVO.
UN PORTERO		DE SALA.
UN CRIADO.		N. N.

La acción del primero y segundo acto, en una casa de campo del Conde de Amersteth, en las cercanías de Londres; del tercero y cuarto, en casa de Raffles, en Londres, al día siguiente.—A principios de Otoño

Derecha é izquierda, las del actor

Sólo se han puesto las indicaciones escénicas precisas, dejando el resto confiado á los directores de escena, que deberán cuidar todos los detalles para el mejor resultado de la representación.

ACTO PRIMERO

Hall de la casa de campo del Conde de Amersteth. Muebles de roble antiguo tapizados. Retratos de familia. Alumbrado eléctrico. Una ancha escalera que conduce á una galería que ocupa parte de la habitación, donde están los cuartos del piso superior. Puerta en lo alto de la escalera, á la izquierda. Al foro derecha, alta puerta vidriera que da al jardín por donde entra la luz de la luna. Lateral izquierda, puerta que da al comedor. Lateral derecha, puerta que da á la biblioteca; entre ella y la del jardín, un secreter que oculta una caja de caudales. Lateral izquierda, tercer término, bajo la galería, puerta de servicio. Lateral izquierda, primer término, chimenea grande encendida. Una mesita y un sillón de alto respaldo, delante de la chimenea. En el centro de la escena, mesa con tapete, con periódicos y revistas ingleses, sofá, butacas y sillas. Un piano.

ESCENA PRIMERA

GOLDBY, MARÍA y un CRIADO. Después CRAWSHAY

Goldby está á la puerta del comedor, por donde hace mutis en seguida. Pausa. Aparece María en lo alto de la escalera, recorre un lado de la galería y se detiene á escuchar: baja luego dos ó tres escalones, observa si la siguen, baja toda la escalera y mira á todas partes con precaución. Se oye un silbido en el jardín; María corre al interruptor, que está al lado de la chimenea y apaga las luces; escucha, va luego á la puerta del comedor, donde se sigue oyendo hablar y reir

MAR. Siguen comiendo; están entretenidos. (Cierra la puerta y se dirige á la del jardín y agita su pañuelo. A poco, entra Crawshay.)

CRAW ¿No están los pájaros en la jaula?

MAR. ¡Chist! (Le hace señas de que se retire, y Crawshay se va. María vuelve á encender las luces, y se pone á arreglar los bibelots de la chimenea. Entra el Criado trayendo seis tazas en una bandeja de plata, que pone sobre la mesa: en seguida Goldby con unos vasos; luego se van los dos. En cuanto queda sola, María vuelve á apagar las luces y va á la puerta del jardin, donde hace unas señas. Reaparece Crawshay. Durante toda la escena, María vigila la puerta del comedor, y habla á Crawshay sin mirarle,)

CRAW. ¿Pasó el peligro?

MAR. ¡Chist!... ¡Precaución!

CRAW. ¿Cuándo damos el golpe?

MAR. Esta misma noche.

CRAW. Muy bien... ¿Y la caja?

MAR. (Señalando al sitio.) ¡Allí!

CRAW. (La coge la mano y la atrae hacia sí.) Déjeme que la eche un vistazo.

MAR. (Se suelta.) ¿Para qué?... La señora no guarda en ella sus brillantes. Los tiene siempre escondidos en su alcoba.

CRAW. ¡Mejor que mejor!... Entonces... ¡coser y cantar!

MAR. ¡Calla! (Alarmada. Crawshay desaparece como la primera vez. Pausa. Viendo que nadie viene, María vuelve á hacerle una seña y Crawshay se presenta de nuevo.)

CRAW. Entonces... ¿tú me harás una seña?

MAR. En cuanto la señora se quede dormida, levantaré la cortina de su ventana.

CRAW. ¿A qué hora, sobre poco más ó menos?

MAR. A media noche.

CRAW. Bueno. Yo silbaré en seguida, para que sepas que te he entendido.

MAR. Y luego vienes á esta puerta y te daré el collar.

CRAW. Perfectamente... Ya sabes donde hemos de encontrarnos.

MAR. Sí. Y ahora, escapa...

CRAW. Pero...

MAR. ¡Escapa, que vienen! (Mutis Crawshay. María vuelve á encender las luces y sigue arreglando. Entra el Criado con una bandeja, donde trae un vaso de agua, hielo y un bol, que coloca sobre la chimenea y se va. Entra Goldby y se dirige á la mesa del centro para ver si está todo en orden.)

GOL. (Con un estremecimiento.) ¿Quién habrá abierto?

MAR. ¿Tiene usted frío?... Voy á cerrar... (Se dispone á hacerlo.) Pero, ¿aún no ha terminado la comida?

GOL. (Vuelve hacia el comedor, y habla con alguien desde la puerta.) Sí, pero no hace mucho... Y la sobremesa se prolonga. Se les pasan las horas muertas, oyendo hablar al señor Raffles... Es un hombre verdaderamente extraordinario. (Risas en el comedor.)

ESCENA II

MARÍA, MADAME VIDAL, LADY MELROSE, GWENDOLINE y ETHEL, que salen del comedor

VID. ¡Qué hermosa noche!

ETHEL Es verdad... María, deje usted abiertas las vidrieras.

MAR. Bien, señorita... (Mutis por la escalera.)

ETHEL ¿No toma usted café?

VID. No... Voy respirar un poco de aire puro. (Mutis al jardín.)

ETHEL ¿Y tú, tía, quieres café?

MEL. Gracias, hijita... Esta noche no lo tomo. (Vase por la derecha. Gwendoline pone su taza sobre el piano y se dispone á tocar.)

ETHEL ¡Gwendoline!

GWEN. (Toca el vals del acto segundo de «Bohemia».) ¿Qué?

ETHEL ¿Verdad que Raffles, es un hombre encantador?

GWEN. Es muy simpático.

ETHEL ¿Simpático naba más?... No dices todo lo que piensas.

GWEN. Sí.

ETHEL (Se levanta y se acerca.) No. Estoy segura de que te parece encantador...

GWEN. Vamos...

ETHEL Me lo han dicho los que nunca me engañan.

GWEN. ¿Quién te lo ha dicho?

ETHEL Mis ojos.

GWEN. Te aseguro que...

ETHEL Que Raffles ha derrotado sin ningún esfuerzo á ese pobre Enrique Manders que te hace la corte tan rendido y discreto.

GWEN. ¿Quieres callarte?

ETHEL No podré, aunque quiera; déjame charlar á mi antojo... Y no creas que voy á censurarte; al contrario... Raffles...

GWEN. Te suplico que dejes esa conversación...

ETHEL Bueno, pero prométeme confesármelo todo.

GWEN. No seas niña.

ETHEL Vamos...

GWEN. ¡Déjame!

ETHEL Vamos.

GWEN. ¡Estás completamente loca!... Tu cabecita se entretiene en fabricar fantasías... ¿Qué quieres que te diga?

ETHEL ¡Todo!

GWEN. ¿Todo?... Pero, si no hay nada, nada... ¡menos que nada!

ETHEL Bueno; pero como yo estoy segura de que ese nada, quiere decir mucho, y como quiero saberlo todo porque soy más curiosa que diez mujeres juntas, voy á preguntárselo á Madame Vidal.

GWEN. (Deja de tocar, toma su taza y se levanta.) ¿A Madame Vidal?

ETHEL ¿Ves cómo no me engañaba?

GWEN. ¡Pero á ti no se te escapa nada!

ETHEL ¡Casi nada! Madame Vidal mira á Raffles como cosa propia.

GWEN. (Pensativa.) Es verdad.

ETHEL ¿Tú también lo has notado?

GWEN. Sí... Por supuesto, ¿que eso de preguntarla, será una broma tuya?

ETHEL ¡Naturalmente!... ¡Qué mujer tan rara y tan presuntuosa!... ¡No puedo tragar á esa fantástica francesa! Por nada del mundo quisiera tenerla por enemiga.

GWEN. Ni yo por amiga. (Entra lady Melrose dirigiéndose á buscar en la mesa un periódico.)

ETHEL Yo no sé por qué han de invitarla á venir á nuestra casa.

GWEN. La tía podrá decírtelo.

ETHEL Tía, ¿quieres explicarme por qué ha venido Madame Vidal?

MEL. ¿Por que me lo preguntas?

ETHEL La verdad, porque me es muy antipática.

MEL. Niña, niña... Nadie debe hablar mal de sus huéspedes. El Mayor Vidal es pariente nues-

tro, aunque lejano, y por lo tanto tenemos que guardar á su mujer ciertas consideraciones.

ETHEL Podríamos guardárselas tan lejanas como el parentesco... Escribiéndola cartitas muy amables...

MEL. ¡Niña!

GWEN. Cállate, que vuelve.

VID. (Entrando.) La noche está verdaderamente espléndida... Sin embargo, la luna tiene un halo sospechoso... No sería extraño que lloviese mañana y hubiera que suspender la partida de cricket.

ETHEL. (Se levanta y va á la puerta del jardín.) ¡No, eso no!

GWEN. (Idem.) ¡Sería una lástima!

VID. Mire usted, mire usted la luna... Parece que se está burlando de nosotras.

ETHEL ¿Vienes?

GWEN. Sería una lástima... (Mutis ambas por el jardín.)

ESCENA III

MADAME VIDAL, LADY MELROSE. Luego ETHEL y GWENDOLINE

VID. (Después de asegurarse que se han ido las dos muchachas, con cierto misterio.) No sabe usted, amiga mía, cuánto celebro que nos hayamos quedado solas... Voy á hablarla á usted con franqueza.

MEL. ¿De qué se trata?

VID. ¿No ha notado usted que Raffles mira con mucha atención y con demasiada insistencia á Gwendoline?

MEL. ¡Bah!...

VID. Dispénseme usted que me tome atribuciones que no tengo.. Pero me parece un deber advertir á usted...

MEL. Muchas gracias... Creo que da usted excesiva importancia á lo que bien puede ser una casualidad. Y aunque fueran ciertas sus suposiciones, ¿qué mal habría en ello?... Raffles es un antiguo amigo nuestro.

VID. ¡Nadie sabe quién es!...

MEL. Pero todo el mundo puede saberlo. (Las muchachas atraviesan por el jardín.)

VID. Y puede equivocarse todo el mundo.

MEL. Mi querida amiga, conocemos á Raffles perfectamente... Pertenece á una familia distinguidísima, se le recibe y se le agasaja en todas partes, frecuenta los mejores círculos, es el campeón del cricket...

VID. Si la he hablado á usted de cierta manera, es porque tal vez alguien haya conocido á Raffles en circunstancias menos favorables.

MEL. En ese caso, yo que usted guardaría la noticia para mí sola.

VID. Conste que lo dicho es solo en interés de..

MEL. La niña podría encontrar otro partido peor. (Aparecen las dos muchachas en la puerta del jardín.)

ETHEL (Desciende hasta donde están las señoras.) Tía, es un verdadero crimen permanecer bajo techado en una noche tan admirable como esta.

GWEN. (Desde la puerta.) ¡Es deliciosa! (Desaparece.)

MEL. Respiremos un poco (Hace una seña á madame Vidal y salen las dos al jardín.)

ESCENA IV

ETHEL, ENRIQUE, que sale del comedor. Después GWENDOLINE

ETHEL ¿Abandona usted su puesto?

ENR. Sí; quisiera ver á...

ETHEL En el jardín la tiene usted... Y á la luz de la luna parece más hermosa.

ENR. Señorita, quiero pedirla un favor... ¡Ayúdeme usted!

ETHEL ¡Pobre amigo mío!... ¿Cree usted que va á conseguir algo con hablarla?

ENR. Entonces no me he equivocado... Ya he visto que sólo para Raffles eran sus miradas y sus atenciones.

ETHEL Discúlpela usted... porque ese Raffles... A todas nos gusta, no crea usted que es solo á Gwendoline.

GWEN. (Aparece en la puerta del jardín,) ¿Quién habla de mí?

ENR. Yo.

ETHEL Y yo; puedes entrar si quieres.

GWEN. ¡Ah, Enrique!...

ENR. ¡Es la primera mirada que me ha dirigido usted en todo el día!

ETHEL ¿Sería una indiscreción marcharme? (Se marcha silbando.)

GWEN. ¡Qué loquilla!

ENR. (Después de una pausa.) Gwendoline... ¿Es verdad que no puedo tener ni una esperanza?

GWEN. ¿Qué le ha dicho á usted?...

ENR. Nada y todo... (Pausa.) Acaso le parezca á usted que no soy digno de su cariño, porque, ¿quién puede aspirar á tanta felicidad?... Sin embargo, usted sabe cuánto la amo y cómo sé esperar... He venido aquí con el único objeto de saber su decisión: el cricket no ha sido más que un pretexto. (Pausa.) ¿No me da usted una sola palabra de aliento... (Pausa.) ¿Entonces... otro?

GWEN. ¡Nadie! (Ruido de voces y de risas en el comedor. Se oye decir á Amersteth: ¡Este Raffles! ¡Este Raffles! Enrique mira hacia el comedor y luego á Gwendolîne. Esta se esfuerza por sostener la mirada y luego baja los ojos, diciendo por segunda vez:) ¡No; nadie!

ENR. ¡Si fuera Raffles!...

GWEN. ¿Por qué dice usted eso?

ENR. Porque si fuera él lo comprendería. Reconozco sus encantos irresistibles, su simpatía atrayente y avasalladora, su corrección y su rectitud... Cuando estudiábamos en el colegio, nos vencía y nos dominaba á todos. Era el primero de los juegos, y en todas partes... Y siempre tan amable, tan persuasivo... Yo le quería y le quiero como á un hermano, y le cedería voluntariamente cuanto poseo... exceptuándola á usted...

GWEN. Para cederme á mí tendría usted que esperar á que yo le perteneciera. (Se dirige á la puerta del jardín. Enrique la contempla, vacilando en seguida, y por fin se sienta desalentado en el sofá.)

ESCENA V

DICHOS; JORGE que sale del comedor

JORGE ¡Ah, Enrique!... ¿Estaba usted aquí?... Oiga usted.

ENR. (Malhumorado.) ¿Qué?

JORGE ¿Quiere usted que juguemos un rato?

ENR. No, Jorge, gracias.

JORGE Una partidita de piquet...

ENR. Repito que gracias.

JORGE Pero, ¿por qué no quiere?

ENR. No tengo ganas: y además...

JORGE Y además, ¿qué?... ¿No anda usted bien de fondos?

ENR. Eso no debía usted decírmelo por lo mismo que está usted en su casa.

JORGE No se incomode usted... No vale la pena.

ENR. ¡Vamos á jugar!

JORGE Puesto que se decide, vamos... ¿Al piquet?

ENR. Sea. Y á libra el punto.

JORGE ¡Caracoles!

ENR. ¿No anda usted bien de fondos?

JORGE ¡Bien devuelta la frase!... Vamos á verlo. (Mutis lateral derecha.)

ENR. (Siguiéndole.) ¡A ver si tengo suerte en algo! (Gwendoline le dirige una mirada de pesar y escucha desde su sitio las voces del comedor.)

ESCENA VI

GWENDOLINE, el CONDE DE AMERSTETH. Luego ETHEL y MADAME VIDAL. Después RAFFLES y LADY MELROSE

CONDE (Sale del comedor fumando un puro.) ¡Qué barbaridad!

RAF. (Desde dentro.) Se lo aseguro á usted formalmente. (Gwendoline sale á la balaustrada de la escalera. Entra un criado, recoge las tazas del café que había sobre la mesa y se las lleva.)

CONDE Entonces, querido Raffles, debe usted presentar su candidatura cuanto antes. Tiene usted un don del sofisma y maneja usted la

paradoja de tal modo, que sus colegas de la Cámara quedarían encantados. (Raffles sale riendo del comedor y va á colocarse junto á la chimenea. Han salido por la puerta del jardín Ethel y madame Vidal.) Pero no le aconsejo que emplee la paradoja ni el sofisma con sus electores... ¡Son armas peligrosas!

ETHEL Cuantos hayan visto á Raffles en el cricket, admirándole sobre el terreno, no vacilarían en votarle con entusiasmo, sin preguntarle á qué partido pertenece.

RAF. En el fondo, la política y el cricket son juegos idénticos... El gobierno en las barras, y las oposiciones en el campo... Todo es cuestión de habilidad y de destreza. Las convicciones individuales no tienen la menor importancia. (Lady Melrose, que ha aparecido por la puerta del jardín, atraviesa la escena, yendo á colocarse cerca de la chimenea.) ¿Pero qué...? ¡Si no la tienen nunca!... No somos lo que somos, precisamente, si no lo que aparentamos... (A Gwendoline.) Crea usted, señorita, que el mundo nos juzga como juzga á un billete del Banco: por el valor que se le atribuye.

VID. Sí; pero el Banco de Inglaterra garantiza los billetes.

CONDE La cuestión es saber si nosotros podemos garantizar al Banco de Inglaterra contra nuestro amigo el Anónimo.

MEL. (Sentándose en el sillón después de coger la labor de la mesa próxima á la chimenea.) ¿El amigo de quién?

CONDE Raffles nos ha divertido mucho hace un instante, sosteniendo que ese ladrón terrible é impalpable es casi casi un bienhechor de la humanidad...

RAF. No tanto, señor Conde... Lo que yo he dicho es, que en un mundo como el nuestro, donde todos los ciudadanos procuran robarse los unos á los otros con la más perfecta legalidad, el que roba sin el amparo de las leyes, burlándose de ellas y atropellándolas y sin dejarse coger ni darse á conocer, es un ser verdaderamente superior...

CONDE ¡La paradoja, la paradoja!

RAF. Y decía también que lo que hace falta es

una sociedad de ladrones legalmente constituída, bajo la dirección de un hombre experto y conocedor de sus auxiliares, que llevará el negocio ateniéndose á principios estrictamente comerciales...

MEL. ¡Este Raffles!... Pero, ¿cómo puede usted sostener...?

CONDE ¿Veis?... ¡Lo que yo os decía!

RAF. Y con un Banco de depósitos, para el cambio del botín, donde los propietarios desposeídos pudieran recuperar sus bienes, sujetándose al pago de una tarifa de preferencia.

MEL. Basta, basta, amigo Raffles... No hablemos más del Anónimo... ¡Me ataca los nervios!

RAF. (Riendo.) ¡Por Dios, señora!

CONDE Desgraciadamente, hermana mía, el Anónimo quiere que se hable de él. No contento con sus fechorías en la ciudad, se ha dedicado á recorrer estos contornos... Tal vez una de estas noches le toque el turno á nuestra casa... (Madame Vidal se ha levantado y se sienta cerca de la mesa. Raffles lo advierte y se pone á su lado, baraja las cartas, se las entrega y la mira hacer un solitario.)

MEL. (Palpando su collar.) ¡No digas eso!... ¡No digas que le esperas aquí!

CONDE ¡Que venga cuando quiera! Estoy preparado para recibirle.

ETHEL ¡Cuánto daría por saber quién es!

CONDE ¡Y la policía también, hija mía!

RAF. Yo creo que el Anónimo es un mito, inventado por la policía precisamente. Siempre que se la escapa el autor de un robo, ya se sabe quien fué: el Anónimo.

VID. (Haciendo su solitario.) Muy ingenioso. (Raffles sonríe.) Pero no muy convincente. (Se acentúa la sonrisa de Raffles.)

GWEN. (A Raffles.) ¿De modo que usted cree que no existe semejante sujeto?

RAF. Creo que no es más que una sombra.

CONDE Sí, sí... Una sombra bastante consistente... Hace poco robaron á mi amigo y vecino Zenibley todas sus alhajas de familia. El pobre cayó gravemente enfermo del disgusto, y en seguida recibió las joyas con una

carta en que se le pedía perdón y se le deseaba un completo restablecimiento. Firmaba: el Anónimo. (Ethel se ríe.)

VID. ¿Hubiera usted hecho lo mismo, Raffles?

RAF. Es posible. Si existe el Anónimo, es un ser humano, y como todos los seres humanos tendrá sus momentos de debilidad.

CONDE Sea una sombra ó un hombre, lo cierto es que la región está alarmadísima con sus hazañas.

RAF. ¡Es deplorable!

CONDE ¿Recuerdan ustedes algo más audaz que el robo de Grey Towers?

RAF. ¿El que se cometió la misma noche de mi llegada aquí?

CONDE El mismo... El comisario asegura que fué el Anónimo.

VID. Entonces no le tenemos muy lejos.

ETHEL (A Lady Melrose.) No quisiera encontrarme dentro de tu collar, tiita... ¡Todo esto es muy divertido!

CONDE ¡Ethel!

ETHEL Propongo que todas estas noches nos quedemos de guardia para esperar á ese terrible caballero: los hombres con armas, las mujeres para ayudarles y Raffles protegiendo el flanco.

CONDE No es preciso. Basta con las precauciones que he tomado.

VID. Pero, ¿será suficiente ese sistema de defensa?

CONDE ¡Ya lo creo! Y además, hay algo que acabará de completarlo. (Raffles se acerca á Gwendoline, con quien conversa animadamente.)

TODOS ¿Qué es ello?

MEL. ¿Qué otra cosa has discurrido?

CONDE He invitado á pasar estos días con nosotros á Curtis Bedford, nuestro vecino y mi amigo. Le espero de un momento á otro: tal vez venga mañana, quizás esta noche.

RAF. ¡Ah, Bedford!

VID. ¿El famoso policía?

CONDE El mismo.

RAF. Es algo mejor que un policía: es un apasionado del oficio, un entusiasta de la profesión, un verdadero artista en su género.

CONDE Dice usted bien: un artista. Se ha hecho célebre por sus increíbles detenciones, y por sus honorarios, no menos increíbles.

RAF. ¡Ah!... ¡El arte es caro!

CONDE Pero desde que regresó de América con una regular fortuna, no trabaja... Vive en una casita que tiene en estos alrededores, consagrado únicamente á su jardín y á su huerto.

RAF. Como el famoso Cincinato: desengañado de los negocios públicos, se dedica á cultivar sus tierras.

CONDE ¡Y si viera usted qué legumbres tan finas, y qué melocotones tan exquisitos cultiva!

RAF. Lo creo: sabrá coger los melocotones como supo apoderarse de los criminales: en su punto.

ETHEL ¿Y crees que vendrá?

CONDE Me lo ha prometido, y es un hombre serio. Vendrá, y con su ayudante, según me ha contestado, para entrar desde luego en funciones.

MEL. Esto me tranquiliza.

CONDE Había jurado dejar en paz á todos los ladrones de la tierra... Pero el Anónimo es una tentación para él.

RAF. Lo comprendo perfectamente.

CONDE Ya le viene siguiendo los pasos. Ha estado en Grey Towers, y dice que cree tener una pista.

GWEN. ¿Una pista del Anónimo?

ETHEL Tantas pistas se han encontrado ya de ese famoso personaje, que, naturalmente, no tenemos ninguna.

CONDE Sin embargo, yo tengo mucha confianza en su experiencia.

RAF. Me gustaría encontrarme con él.

VID. Procuraremos ayudarle.

CONDE Es nuestro deber.

GOL. (A la puerta de servicio.) El señor Bedford.

CONDE (Levantándose para ir á la puerta.) ¿No se lo dije á ustedes? Ya está aquí.

ESCENA VII

DICHOS. CURTIS BEDFORD: trae en la mano un cestito

CONDE ¡Bien venido, mi querido Bedford!

BED. ¿Cómo va, señor Conde?

CONDE No sabe usted cuánto le agradezco... (Presentando.) Mi hermana: mi hija Ethel: mi sobrina Gwendoline.

BED. Señoras, tengo mucho gusto... A título de vecino, me permito ofrecerles estos melocotones de mi jardín... ¿Me hacen ustedes el favor de aceptarlos?

MEL. (Coge el cesto, los huele, y se lo da á Ethel que lo pone sobre la mesa.) ¡Qué aroma tienen!

ETHEL Muchísimas gracias, señor.

CONDE (Continuando las presentaciones.) Madame Vidal...

BED. Señora...

CONDE Mi amigo Raffles, famoso campeón...

BED. Campeón, ¿de qué?

CONDE De cricket.

BED. ¡Ah!... Tanto gusto, señor.

RAF. (Estrechándole la mano.) Esta es una satisfacción que me prometía yo hace mucho tiempo... Conozco su fama de policía.

BED. Mejor quisiera ser famoso como hortelano ó como jardinero... Siempre he detestado el nombre de policía, y nunca trabajé sino para mi propia satisfacción. Una ó dos veces tuve la suerte de descifrar un jeroglífico que intrigaba á los profesionales. Pero siempre por sport, lo repito... Soy muy aficionado á los placeres de la caza.

RAF. ¡Es una noble pasión!

ETHEL ¿Y usted puede decirnos quién es el Anónimo?

BED. ¡Oh, el Anónimo!... Ese ladrón ideal, es la espuma del crimen, lo más admirable que se ha visto en su género: ó que no se ha visto, mejor dicho, porque nadie le conoce. Yo espero á pesar de todo, echarle el guante un día ú otro.

RAF. ¡Será un buen día!

VID. El señor Raffles quiere convencernos de que el Anónimo no es más que un mito.

BED. Pero usted no lo cree así, ¿verdad, señora? Ni el señor Raffles tampoco.

RAF. No insisto, no insisto.

BED. Lo que sí puede asegurarse, es que se trata de un hombre muy inteligente, de cultura, bien educado y hasta de buena posición. ¿No les parece á ustedes?

RAF. No he tenido el honor de serle presentado.

BED. ¡Quién sabe! Apostaría cualquier cosa á que deja usted tarjeta en muchas casas donde él ha trabajado.

RAF. ¿Piensa usted?

BED. Acaso forme parte del círculo de sus relaciones de usted; tal vez nosotros mismos le estrechemos la mano... Ese hombre encuentra su seguridad, precisamente, viviendo entre nosotros.

CONDE ¿Qué dice usted, Bedford?

BED. Estoy convencidísimo... Cuando se le atrape, ya verán ustedes cómo tenemos que decir con verdadero asombro: ¡Toma!... ¡Era él!...

RAF. Entonces no hace falta más que descubrirle.

BED. ¡Se le descubrirá, se le descubrirá!

ETHEL ¡Qué interesante resulta el personaje!... ¡Qué curioso!

BED. Lo más curioso, señorita, es que apenas se aprovecha de lo que roba; generalmente, devuelve la mayor parte de su botín... Por ejemplo; se llevó el famoso «Corazón de oro» del museo Británico, y lo envió al palacio de Windsor, durante las fiestas, con una tarjeta que decía: «Recuerdo de las clases criminales.» (Risa general. Se coloca junto á lady Melrose, y contempla su collar.)

RAF. ¿Es posible?... ¡Tiene verdadera gracia!

ETHEL ¡Es fantástico!

CONDE (Señalando el collar de su hermana.) Con tu collar acaso fundaría el Anónimo un hospital.

BED. ¡Procuraremos que no realice esa fundación! ¡Lleva usted, señora, unas piedras maravillosas!

RAF Maravillosas, en efecto.

CONDE Pues, para apreciarlas mejor, tendría usted que tomarlas á peso.

RAF No, no hace falta.

CONDE Sí; verá usted.

MEL. Ethel, quieres soltarme el broche?

(Ethel desabrocha el collar: se lo da á lady Melrose, ésta al Conde y éste á Raffles que lo examina á la luz. Bedford se coloca á su izquierda.)

BED. También yo quiero examinarlo, por si algún día tengo que reconocerlo.

CONDE Espero que no llegue ese caso.

RAF (Sopesando el collar.) ¡Qué peso! (Se lo da á Bedford.)

BED Y cada una de estas piedras se podría vender separadamente sin que nadie sospechara su procedencia.

RAF ¿De veras?

BED. Sí, señor.

RAF Pero sería un verdadero crimen destrozar esta alhaja... Por lo que usted dice, el Anónimo debe ser respetuoso con las obras de arte. (Entrega el collar á Ethel para que se lo ponga á su tía.)

CONDE Hablando con formalidad, amigo Bedford, ¿tiene usted alguna pista seria?

BED. ¡Nada! Ese mozo es demasiado listo para dejar rastro.

RAF Entonces, no le descubrirán nunca.

BED. Ta, ta... tanto va el cántaro á la fuente... El Anónimo se dejará coger.

(Madame Vidal mira á Bedford y luego á Raffles.)

RAF. Pues yo apostaría á que no, fundándome en los informes que usted mismo nos ha dado... ¿Quién podrá reconocer al Anónimo ó descubrirle? ¿Quién le ha visto alguna vez de carne y hueso?

VID. (Siempre con el solitario.) ¡Yo!

BED. ¿Qué dice usted?
CONDE ¿Dónde?
GWEN. ¿Cuándo?
ETHEL ¿Cómo?
(A un tiempo.)

(Todos la rodean escuchándola con interés.)

RAF (Tranquilamente.) ¿Y por qué no se lo ha dicho usted ya á la policía?

VID. (Sigue con su solitario.) Lo he pensado, pero...

RAF. ¿Por qué no nos cuenta usted, para satisfacer nuestra curiosidad?

VID. (Le mira fijamente.) Sí... (Baraja las cartas.) Fué á bordo de un vapor alemán, entre Génova y Nápoles, cuando el famoso asunto de la perla negra... Usted debe recordar, señor Bedford...

BED. Perfectamente... Hace ya algunos años... Había una mujer mezclada en el negocio.

ETHEL ¡Qué novelesco!

MEL. ¡Ethel!

CONDE No seas loca, hija mía.

VID. Sí, había una mujer; pero inocente de toda complicidad. Se enamoraron de ella dos hombres: uno era el oficial, que por orden de su soberano, llevaba la perla como regalo á no sé que rey de una isla salvaje... La perla desapareció una noche, y se acusó al otro del robo... Iba también á bordo un policía inglés. (Ha estado barajando las cartas. Raffles la mira de tal modo, que ella acaba por turbarse.)

BED. Mac-Kensié, que murió poco después, ¿no es eso?

VID. Sí: creo que se llamaba así.

BED. Y en el mismo instante en que iban á detenerlo, el hombre se arrojó al agua, ¿verdad?

GWEN. ¿Se ahogó?

VID. No: se escapó á nado.

GWEN. ¡Ah!

ETHEL ¡Bravo, bravo! (Palmoteando.)

MEL. ¡Ethel!

RAF ¿Y cómo se llamaba?

VID. Decía que era francés, conde Lançon de Bouderay... Pero era tan inglés como usted.

BED. (Sentándose á su lado.) ¿Podría usted describirnos su tipo?

VID. (Mirando á Raffles.) Sí.

RAF. Veamos. (La mira fijamente, haciéndola perder su tranquilidad y poniéndola nerviosa. Bedford los vigila á los dos.)

VID. Como hace ya tanto tiempo, es fácil que haya cambiado mucho.

RAF. ¡Qué lástima!

BED. ¿Podría usted reconocerle, si le volviese á ver?

VID. (Bajando los ojos.) Sí.

BED. Yo la proporcionaré á usted la ocasión. Mi único deseo es tropezarme con ese caballero, y lo he de realizar.

RAF ¡Ojalá esté yo presente cuando tenga usted esa satisfacción!

MEL. ¡Me alegraré que no sea en esta casa! (Se sienta cerca de la chimenea.)

VID. Lo mismo puede ser aquí que en otra parte. (Gwendoline se levanta y va á la puerta del jardín, seguida de Raffles. Ethel se sienta á la mesa y juega con las cartas.)

CONDE No tengas miedo por tu collar. En mi caja está bien seguro.

BED. ¿De veras?

CONDE Voy á enseñarle á usted mi caja de caudales. (Se levanta, va al mueble de la derecha y descubre la caja.) Mírela usted... Y tengo otra allá dentro para la plata.

BED. ¡No está mal!

CONDE Vea usted el secreto... En cuanto se descubre... (Da una vuelta al botón é inmediatamenle suenan timbres por toda la casa, y se encienden tres luces eléctricas encarnadas por encima de la caja. Todo ello dura hasta que hace girar el botón en sentido contrario. Al sonar los timbres, entran apresuradamente Goldby por la puerta de servicio. María por la puerta de la escalera, bajando algunos escalones y un criado por otra puerta cualquiera. Todos se ríen.) Creo que no funciona mal. (Despide á los criados con un gesto, y desaparecen por donde vinieron.)

RAF No ha sido más que una falsa alarma, Goldby.

CONDE Llévate los melocotones, y así no habrás perdido el viaje.

(Goldby se los lleva, después de poner la mesa en el centro. Raffles y Gwendoline se dirigen á la puerta del jardín; madame Vidal se acerca á la escalera y los observa. Ethel está junto á su tía. El Conde se sienta donde estuvo madame Vidal.) Estamos protegidos (A Bedford.) desde la bodega hasta el granero, en cuanto se cierra la casa. Y al pretender forzarse una puerta ó una ventana, suena el timbre de alarma que ya se deja preparado... ¿Qué le parece á usted mi instalación?... A mí me enorgullece.

BED. Sólo se me ocurre una ligera observación.

(Gwendoline se sienta al piano y toca una melodía muy dulce. Raffles, á su lado, continúa hablando con ella.)

CONDE ¿Cuál?

BED. Que nadie más que usted debería estar en el secreto.

CONDE ¡Hombre, por Dios!... ¿Voy á desconfiar de los que me rodean?

BED. Sepa usted que, si no en todos, en la mayoría de los casos, los robos se cometen con la complicidad de alguien de la casa robada; criado ó no criado... Y le advierto á usted que, puesto que ya estoy en funciones, para mí todo el mundo es sospechoso.

ETHEL (Riendo.) ¡Todo el mundo!

BED. Ni más ni menos.

VID. Espero que esas sospechas generales no me quiten el sueño. (Riendo. Da la mano al Conde y á lady Melrose y se despide de Ethel.)

BED. (Riendo.) Lo mismo creo.

CONDE ¿No quiere usted guardar nada en mi caja de caudales, madame Vidal?

VID. No tengo nada que valga la pena de ser robado.

GOL. (Sale del comedor.) ¿Señor, la plata?

CONDE Venga usted conmigo, Bedford: le enseñaré lo que hacemos con la vajilla. (Entra con Goldby en el comedor.)

VID. Buenas noches, señor Bedford, y gracias, porque su presencia á todos nos tranquiliza.

BED. Que usted descanse, señora. (Le da la mano y va al comedor,)

VID. (Al pie de la escalera.) Buenas noches, Raffles...

RAF. (Se separa de Gwendoline y va á darle la mano) Buenas noches, señora.

VID. (En voz baja.) Tengo que hablar con usted.

RAF. (Idem.) Mañana.

VID. (Idem.) No: esta noche. (Sube la escalera.)

MEL. (Deja su labor en una mesa) Me parece que voy á seguir su ejemplo.

ETHEL Y yo también, aunque estoy segura de que no voy á poder pegar los ojos en toda la noche. Más me gustaría quedarme en vela, oyendo historias de bandidos. Buenas noches, tiíta; buenas noches, Raffles. (Besa á su tía, saluda al pasar á Raffles y va á la escalera.)

RAF. Buenas noches, señorita.

ETHEL (Se quita su collar de coral y se lo da por encima de la balaustrada.) ¿Quiere usted hacerme el favor de dar á papá esto para que lo guarde? (Raffles lo toma, riendo.) Gracias. Buenas noches... ¿Vienes, Gwendoline?

GWEN. (Deja de tocar, y besa á su tía.) Ahora mismo. Buenas noches, tía.

MEL. Adiós, hijita.

RAF. ¿No tiene usted ningún encargo que darme, Gwendoline?

GWEN. (Al pie de la escalera.) No; á mí me sucede como á madame Vidal. (Lady Melrose se ha levantado y va á la chimenea á beber el vaso que allí dejó el criado en la primera escena.)

RAF. (Vivamente.) ¿Qué?

GWEN. No tengo nada que valga la pena de ser robado.

RAF Es decir, nada que pueda usted confiarme.

GWEN. Ya sabe usted, Raffles, que yo se lo confiaría á usted todo, absolutamente todo... y que con su defensa no tengo miedo á nadie, ni siquiera á ese Anónimo, que lo mismo que á usted, no me parece tan espantoso.

RAF. ¿Siente usted simpatía por ese hombre?

GWEN. Lo que sé es que no me inspira todo el horror que debía inspirarme.

RAF. ¡Es curioso! Yo también experimento por él como una simpatía vergonzosa... ¡Es más de lo que merece!

GWEN. Tal vez es un ángel caído, y yo me siento con fuerzas para rezar por él.

RAF. ¿De veras?

GWEN. Sí.

RAF. Hágalo usted.

GWEN. Lo haré. Buenas noches, Raffles...

RAF. Buenas noches, Gwendoline... y... (Lady Melrose hace ruido con su cucharilla. Raffles se vuelve un momento.)

GWEN. ¿Y...?

RAF Rece usted por él...

GWEN. Rezaré... (Desaparece en lo alto de la escalera. Raffles la sigue con la mirada.)

ESCENA VIII

RAFFLES, LADY MELROSE y BEDFORD, Luego el CONDE. Después MARÍA. Luego JORGE

BED. (A Raffles.) El dueño de la casa quiere enseñarle á usted toda su vajilla y dónde la guarda... ¡Es una manía como otra cualquiera!

RAF. Todos las tenemos... Yo también voy á darle este encargo. (Por el collar. Mutis al comedor.)

MEL. Señor Bedford, yo no estoy tranquila.

BED. ¿Cómo, señora?

MEL. No, no estoy tranquila con ésa dichosa caja de caudales. Mi hermano tiene fe en ella: yo no. Voy á confesarle á usted una cosa: nunca dejo ahí mi collar. Sólo dejo el estuche.

BED. (Riendo.) ¡Ah!

MEL. ¿Cree usted que hago mal?

BED. No señora... ¿Pero lo sabe alguien?

MEL. Nadie más que mi doncella.

BED. ¡Ya son muchos!

MEL. Es de toda mi confianza.

BED. Menos mal... De todos modos, ya tenemos de quién sospechar si ocurriera algo.

MEL. ¡Dios quiera que no! Hasta mañana, señor Bedford (Sube la escalera.)

BED. Que usted descanse, señora, y no se preocupe. No hay motivo para ello.

MEL. Así sea. (Mutis por la escalera. Bedford vuelve hasta la mesa, pensativo, y dice:)

BED. ¡Y madame Vidal cree que le conoce!... ¡Es curioso, es curioso!...

CONDE (Viene del comedor con el collar de Ethel en la mano.) Ya vamos acabando por hoy, amigo Bedford. (Abre el mueble y luego la caja de caudales.) ¿Vendrá usted mañana á nuestra partidita? La de hoy fué admirable: dimos al equipo contrario una paliza de primera, y Raffles estuvo sencillamente maravilloso... (Baja María por la escalera trayendo un estuche.) ¡Ah, el collar! Ya iba á avisarle... Póngalo usted dentro de la caja.

MAR. Sí, señor. (Lo hace, y se va por donde vino. Bedford la sigue con la vista, hasta que desaparece.)

CONDE Mañana será un cricket de familia, como si dejéramos. Juega Goldby, juego yo, los once del pueblo... ¡El equipo de casa! ¿No quiere usted guardar nada? (A Bedford, que se ríe y mueve la cabeza negativamente. Después cierra el mueble.) Bueno; pues con su permiso me voy á mi cuarto. Ahora leo un ratito y luego á dormir con los ojos entreabiertos, como las liebres.

BED. No me ha dicho usted cómo se maneja la luz.

CONDE ¡Es verdad! Mire usted: aquí están los interruptores. (Junto á la chimenea; con uno de ellos apaga la electricidad, y la escena queda sólo alumbrada por la luz de la luna y la lumbre de la chimenea.)

BED. ¡Precioso efecto!

JORGE (Por la derecha, muy apresurado.) ¿Qué sucede con la luz?

CONDE (Riéndose.) Nada... Estaba enseñándole los interruptores al amigo Bedford. (Vuelve á encender.)

JORGE ¡Ah! Creí que era otra cosa. (Mutis.)

CONDE También se pueden apagar las luces de esta habitación. (Lo hace; la escena queda á obscuras, pero se ve la luz de las habitaciones laterales y de la galería.)

BED. Bien.

CONDE (Encendiendo de nuevo.) Ya lo sabe usted todo. Con que hasta mañana. (Sube la escalara.)

BED. Buenas noches... ¡Ah!... ¿Y el timbre de alarma, cómo se prepara?

CONDE (Inclinándose por encima de la barandilla, se lo enseña: está disimulado en el borde de la caja de la puerta del jardín. Bedford lo examina.) Así. Lo prepara Jorge antes de acostarse; como generalmente es el último que llega...

BED. ¡Ah!

CONDE Con que... lo dicho.

BED. Que usted descanse, señor Conde. (Desaparece el Conde por la escalera. Bedford vuelve cerca de la chimenea. Entra Raffles, que viene del comedor. Pausa larga.)

ESCENA IX

BEDFORD y RAFFLES

RAF. ¿Le han dejado á usted solo?

BED. Así parece.

RAF. ¿Un cigarrillo?

BED. (Aceptándolo.) Gracias.

RAF. (Toma una cerilla de la mesa junto á la chimenea y enciende su cigarro.) ¿De modo que va usted á cazar al Anónimo? (Le da su cerilla. Bedford se la acerca á la cara y le mira fijamente.)

BED Es posible.

RAF. ¿Por dinero?

BED. Por gusto.

RAF. ¡Ah, vamos!... ¡El arte por el arte!

BED. ¡El sport... por el sport!

RAF. Me explico su entusiasmo... Encontrar la verdadera pista, seguirla con ardor y coger al hombre que supo escapar siempre de la policía, debe ser, efectivamente, un sport tan admirable como delicioso... Solo encuentro uno que lo sea más.

BED ¿Cuál? (Raffles vuelve á encender su cigarro.)

RAF. Burlarse de usted. (Sopla la cerilla y la tira á la chimenea.)

BED. Eso no lo dice usted en serio.

RAF. Claro que no. Pero lo pienso.

BED. ¿Le gustaría á usted más ser conejo que perro?

RAF. ¡Mil veces más!... El conejo es el más simpático, porque es el perseguido.

BED. Bueno, el conejo sí; pero ahora hablamos metafóricamente. (Arregla los almohadones del sillón de la chimenea y se sienta.)

RAF. El que huye, el que se escapa, es siempre más inteligente en ese caso que el que le busca y le persigue... ¡Como que obra en defensa propia!

BED. Es posible. Pero el miedo paraliza al criminal perseguido, en el momento preciso en que necesita todo su arrojo y toda su sangre fría... Cualquier cosa le asusta y le detiene: la sombra más pequeña, el ruido más im-

perceptible... Tarde ó temprano acaba por entregarse.

RAF. Eso puede ser cierto en los criminales vulgares, pero aquí no se trata de ellos. El criminal vulgar es un clown indolente, que solo trabaja á la fuerza y de mala gana, y con tanta torpeza, que basta para detenerle un agente cualquiera: el primero que llegue. Pero comparar al criminal vulgar con el Anónimo á quien nos referimos...

BED Usted es el que los ha comparado, yo no... Para mí, el Anónimo es un artista... Y si no lo fuera, no me tendría á mí por adversario. (Raffles se llega á un sillón, lo acerca á Bedford, y se sienta.)

RAF. Entonces, puesto que se trata de un hombre superior al mecanismo de las leyes y de la policía, ¿cómo puede usted esperar que llegará á encontrarle?... Suprima usted el miedo, y, á inteligencias iguales, el triunfo debe ser del criminal.

BED. Voy á contestarle á usted en pocas palabras. ¿Por qué no he querido trabajar en la policía? Fíjese usted en lo que esto significa y dispénseme usted si le parezco un fatuo: para luchar con un artista, es preciso otro artista. (Ríen ambos. Pequeña pausa.)

RAF. ¿Y usted cree que esta casa está segura?

BED Razonablemente pensando (Raffles mueve la cabeza en señal de duda.) Solo hay un hombre capaz de robar aquí: el Anónimo. Pero acechado, como lo está por todas partes, ni el mismo Anónimo se podría escapar.

RAF. Me gustaría que se le presentara á usted ocasión para poder apreciar el valor de su método.

BED ¡Ah!

RAF. A ver si tenemos esa suerte. (Riéndose se levanta y hojea un periódico ilustrado de encima de la mesa.) Voy á ver cómo va esa partidita de juego... Jorge y mi amigo están muy distraídos... (Madame Vidal aparece en lo alto de la escalera, esperando á que se vaya Bedford.)

BED (Se levanta.) Pues yo voy á respirar un poco de aire puro, antes de... no acostarme. Buenas noches. (Sale al jardín.)

RAF Buenas noches.

ESCENA X

RAFFLES y MADAME VIDAL

VID. (Baja la escalera,) ¡Andrés!

RAF. ¡Ah!... ¿Usted aquí?

VID. (Al pie de la escalera.) Ya le dije á usted que era preciso que habláramos esta noche.

RAF. (Acercándose.) ¿Por qué era preciso?

VID. (Idem.) Para su seguridad personal.

RAF (Mira al jardín y vuelve.) ¡Bah!... De eso yo me encargo.

VID. Eso no es suficiente.

RAF. Sí... ¿O es que va usted á denunciarme?

VID No, no... Nada de eso... No puedo... No podría.

RAF. ¿Entonces?...

VID. ¿Ha olvidado usted?...

RAF. ¡Todo!... ¿Hay algo que yo no pueda olvidar?

VID. Sí... A mí no puedes olvidarme nunca. (Echándole los brazos al cuello.)

RAF. (Desasiéndose y mirando al jardín) ¿Está usted loca? ¿Le importa á usted tan poco su reputación como mi seguridad?... ¿No sabe usted lo que significaría para el mundo una sola palabra suya, una sola mirada?... Piense usted en su marido y no en mí.

VID. ¡Usted se ha mezclado en mi vida antes que él!

RAF. ¡Bah!... Eso es historia antigua.

VID. ¡Pero que yo no he olvidado! (Enérgica.)

RAF. ¿Es una amenaza?

VID. Usted es quien me obliga... No... no es una amenaza. (Alejándose un poco.)

RAF. Sí, lo es... Toda la noche ustuvo usted amenazándome y yo la he desafiado á que me haga traición... Pero no me venderá usted. Hay para ello razones poderosas.

VID. ¿Razones poderosas?... Dígame usted una.

RAF. Mi voluntad.

VID. Hay otra para que usted me tema. Se llama Gwendoline. (Mira fijamente á Raffles, hasta que se ve obligada á bajar la vista.) Y si yo dijera que

en el asunto de la perla negra la mujer era yo, y ested el... (Vacila.)

RAF. Dígalo usted, dígalo usted... ¿Quién la creerá?... Un diplomático francés, joven, de bigote retorcido y de carácter alegre, es difícil de identificar con un inglés afeitado, de aspecto tranquilo, campeón de cricket. Solo un hombre podría confirmar la acusación: Mackensie... ¡Y ha muerto!

VID. Pero Bedford vive.

RAF. ¡Bedford!... Bedford y yo somos dos hermanos que por fin se encuentran... ¡No le temo! No tengo miedo á ningún hombre, ni á ninguna mujer.

VID. ¡No tiene usted corazón!

RAF. ¡Ya sabe usted que mis medios no me lo permiten! (Pequeña pausa.) ¡Y sin embargo, ahora quisiera tenerlo! (Barajando las cartas que están sobre la mesa.)

VID. ¿Para ofrecérselo á esa chiquilla?

RAF. (Echando las cartas sobre la mesa.) ¡Sí!

VID. Lo confiesa usted... Está bien. (Subiendo la escalera: se detiene.) Pero óigame usted, Andrés... Ella le conocerá á uted tal cual es. (Desaparece.)

RAF. ¡Tal como soy! (Silbando.)

ESCENA XI

RAFFLES y y ENRIQNE que llega por la derecha muy apurado

ENR. Raffles, ¿tienes un minuto disponibíe?

RAF. Todos los que quieras... ¿qué te ocurre?

ENR. Estoy desesperado... Acabo de jugar con Jorge y he perdido...

RAF. Sí, ya ví que no estabas de buenas.

ENR. Y no tengo para pagarle.

RAF. Dile que espere...

ENR. No, no quiero... Me molesta ese hombre que parece presumir á todas horas de su fortuna... Su impertinencia me ha excitado, precisamente: me hizo jugar, apuntar fuerte, perder la cabeza... Pero no quise decirle que me esperara y le firmé un cheque.

RAF. Entonces, ya le has pagado... ¿Por qué te apuras?

ENR. Es que... No sé lo que vas á pensar de mí... Ese cheque no se hará efectivo, porque mi cuenta corriente está liquidada y no he podido reponerla... ¿Comprendes?

RAF. ¿Y tu padre?

ENR. Ha jurado no pagarme más deudas, y es hombre que cumple su palabra.

RAF. ¿De cuánto es el cheque?

ENR. De más de cien libras.

RAF. (Con una ligera sonrisa.) ¿De ciento cincuenta?

ENR. Más.

RAF. ¿Doscientas?

ENR. Te acercas.

RAF. ¿Más?

ENR. Sí.

RAF. ¿Cuantas?

ENR. Quinientas libras.

RAF. Tienes razón; son más de cien libras, efectivamente... Pero no es una cantidad imposible.

ENR. ¡Cuando no hay manera de poseerla!

RAF. Tú sabes que si la tuviera, te la daría ahora mismo... Pero no te preocupes: pagarás tu deuda.

ENR. Gracias, gracias. . ¡Te reconozco! Eres el de siempre... Y sin embargo, no te hubiera molestado, si no fuera por lo que me desespera ese Jorge... He comprendido que, para pagarle, sería capaz hasta de robar ese dinero.

RAF. (Con las manos sobre los hombros de Enrique.) Deja eso de mi cuenta... Pagarás tu cheque.

ENR. Gracias otra vez, gracias mil veces... Soy desgraciado en amores, soy desgraciado en el juego... Pero tengo la fortuna de la amistad que me compensa de esas desgracias.

RAF. ¿Por qué dices que eres desgraciado en amores?

ENR. Porque también he perdido á ese juego... contra tí.

RAF. ¿Contra mí?

ENR. Sí... ¡Era natural!... ¡Tú me has ganado!

RAF. ¿Yo?... ¿Que te he ganado yo?

ENR. A Gwendoline... No: no te guardo rencor ni á ella tampoco... ¡Tú eres el mejor!

RAF. ¡El mejor!

ENR. El que ella prefiere.

RAF. No lo soy; no quiero serlo.

ENR. A mí no me hace ningún caso.

RAF. Aun puedes conquistarla.

ENR. No; es tarde. He jugado, y he perdido.

RAF. Pero yo no he jugado todavía; y la ganaré para tí.

ENR. ¿De veras?... ¿Serías capaz?... ¿No la amas?

RAF. (Mintiendo.) No.

ENR. Raffles, Raffles... ¿Qué quieres de mí?... Manda... dispón... mi vida... ¡Lo que quieras!

RAF. Ya lo sé... ¡Quién sabe si algún día!... Entre tanto, recuerda nuestro lema del colegio: «Dinero perdido, nada perdido». «Honor perdido, mucho perdido». «Corazón perdido, todo perdido». ¡Ánimo, muchacho!

ESCENA XII

DICHOS, BEDFORD por el jardín. Luego MERTON

BED. Señores... No sé cómo en vez de hablar aquí no disfrutan ustedes de la hermosura de la noche.

RAF. Voy á mi cuarto.

BED. ¿A dormir ya?

RAF. No, antes tengo que escribir dos ó tres cartas.

ENR. Buenas noches, Raffles... ¡Y gracias!

RAF. (Dándole un golpecito de la espalda.) ¡Vamos, hombre; ánimo! (Mutis derecha.)

ENR. Ya le tengo, Buenas noches, señor Bedford. (Mutis ídem.)

BED. Buenas noches, señor Manders. (Pequeña pausa. Arregla el sillón, colocándole de frente, junto á la chimenea.)

MER. (Por la puerta de servicio.) ¿Manda usted algo?

BED. No; puedes acostarte.

MER. Preferiría quedarme, para que usted descansara.

BED. No te preocupes de eso.

MER. ¿No quiere usted esto? (Mostrándole unas esposas.)

BED. ¿Las esposas? (Las toma y se las guarda.) Sí; tráelas, por si acaso.

MER. Buenas noches. (Mutis. Han ido apagándose paulatinamente las luces de las habitaciones laterales y de la galería.)

ESCENA XIII

BEDFORD. Luego RAFFLES. Despues MARÍA y CRAWSHAY, JORGE y el CONDE

Bedford empieza á silbar un aire inglés. Luego se acerca á la puerta del jardín para mirar al cielo. Después examina el timbre de alarma, se detiene ante la caja de caudales, que reconoce, y da unos golpecitos con los dedos marcando el final de la música que silba. Mira por la biblioteca, da otros golpes en el piano como antes; atraviesa la escena, mira la chimenea, se acerca, examina los interruptores, apaga la luz y se sienta en el sillón, colocado frente á la lumbre, tapándose la cara con un pañuelo. La escena queda sólo iluminada por la luna y la lumbre de la chimenea. Pausa. Raffles entra, con precaución por la puerta de la derecha, observa la habitación vacía, y escucha. Todo está en silencio. Examina con una linterna eléctrica de bolsillo la caja de caudales. En este momento se oye un silbido en el jardín. Raffles apaga la luz. Nuevo silbido. Bedford se quita el pañuelo que le tapaba la cara; se sienta bien en el sillón, con los ojos muy abiertos y escucha atentamente. Raffles se esconde en silencio en un rincón obscuro, detrás de la caja de caudales. Se dibuja en el jardín una forma negra, que va precisándose y se desliza lentamente hasta el pie de la escalera. Es Crawshay. En este instante aparece en lo alto de la escalera la doncella trayendo en la mano el collar, que brilla á la luz de la luna. María baja. Crawshay se adelanta un poco. Ella le da el collar por encima de la balaustrada y desaparece; entre tanto, Raffles, agachado, se ha deslizado hasta llegar detrás de Crawshay, y en el momento en que este va á guardarse el collar en el bolsillo se lo arrebata y le da un puñetazo que le hace rodar por el suelo. Crawshay se levanta y se abalanza sobre Raffles. Los dos luchan furiosamente y Raffles consigue vencer, tumbar y sujetar á Crawshay, luego grita:

RAF. ¡Luz, luz!
(Bedford da un salto, enciende la luz acudiendo en auxilio de Raffles, y le pone las esposas á Crawshay. Entra Jorge por el jardín y Goldby, que ayudan á sujetar á Crawshay.)

JORGE ¿Qué ocurre?

RAF. ¡Ya le cogí!... Bedford... Aquí tiene usted á su hombre.

BED. ¡Y bien sujeto! (Aparecen el Conde y Enrique.)

RAF. ¡Hay que convenir en que no es el tipo que imaginábamos!...

BED. ¡Pero si este no es mi hombre!

CRAW. ¡Claro que no!... Si yo no he hecho nada... Ví la puerta abierta y entré para calentarme un poco.

BED. Yo soy buen fisonomista... Tú te llamas Crawshay.

CONDE ¡Registradle, registradle!

(Bedford, Jorge y Enrique le registran. Raffles baja junto á la chimenea, saca de su bolsillo el collar y lo examina de modo que lo vea el público, volviendo á guardárselo en seguida.)

GOL. ¿Voy á avisar á la policía?

CONDE Inmediatamente.

BED. No ha tenido tiempo para nada, gracias al señor Raffles.

CRAW. ¡Se llama Raffles!... ¡Bueno es saberlo!... (Hace un gesto de amenaza á Raffles.—Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Es al día siguiente á las nueve de la mañana

ESCENA PRIMERA

JORGE, que baja de la escalera, en traje de cricket. Al mismo tiempo entra GOLDBY por la puerta de servicio, trayendo los periódicos que deja sobre la mesa. Después BEDFORD

JORGE ¿Qué tal, Goldby, tienes fuertes las piernas?

GOL. Estoy muy nervioso... mal papel voy á hacer hoy en la partida.

JORGE ¡Bah! ¡No tengas miedo!... ¡Zurraremos á los contrarios!... ¿Nos desayunamos?

GOL. En seguida, señor.

JORGE ¿Se ha levantado ya la gente? (Mirando á la puerta del jardín.)

GOL. El señor Bedford está abajo antes que yo... El señor Raffles y el señor Manders están en la terraza con el Conde.

JORGE ¡Ah!... ¿Se ha levantado ya el señor Manders? Voy á ver si quiere que juguemos otra partidita. (Toma un cigarrillo. Goldby le da fuego y hace mutis por el comedor. Bedford entra del jardín.) Buenos días, señor Bedford.

BED. Muy buenos días. (Se quita el sombrero y los guantes, que deja sobre el piano.)

JORGE Parece que se ha madrugado ¿Y ese tunante?... ¿Qué ha sido de él?

BED. Si habla usted del tunante á quien yo per-

sigo, le diré que aun no le he echado la vista encima.

JORGE — Pero, ¿de veras cree usted que el ladrón de anoche no tiene nada que ver con el Anónimo?

BED. — ¡Ni por pienso!... Conozco perfectamente á Crawshay, y sé que es un criminal muy peligroso; pero del antiguo régimen... Tan distinto del que yo busco, como una escopeta vieja de un fusil mauser.

JORGE — De todos modos hay una coincidencia extraordinaria.

BED. — ¡Psch!...

ESCENA II

DICHOS, el CONDE, GWENDOLINE, ETHEL. Luego MADAME VIDAL

CONDE — (Entrando del jardín.) Buenos días, Bedford.

BED. — Señor Conde...

CONDE — Mira, Jorge, tienes que ayudarme á convencer á Raffles de que no se marche hoy.

JORGE — ¡Ah!... ¿Pero quiere marcharse hoy? ¡Vaya una ocurrencia!... ¡Se aguó la partida!

CONDE — Si se marcha, tú tendrás que ocupar su puesto...

JORGE — ¿Yo?... ¡Bonita idea!... ¿Qué tren quiere tomar? (Repasando una guía que estará sobre la mesa.)

ETHEL — (Baja la escalera con Gwendoline y besa al Conde, que salía á su encuentro.) ¿Quién va á tomar el tren?

CONDE — Por lo menos yo.

ETHEL — Pero usted, no, ¿verdad, señor Bedford? (Le da la mano.)

BED. — No: estoy ocupadísimo con mis trabajos. No me queda tiempo para nada.

ETHEL — Entonces va usted á perder la partida de cricket... ¡Tan reñida como será!

BED. — Lo siento, pero no la veré, probablemente.

GWEN. — Debe usted sentirlo, juega Raffles.

CONDE — Me parece que ninguno le verá jugar hoy. (Madame Vidal baja de la escalera despacio.)

JORGE — Pero, en cambio, me verán jugar á mí.

GWEN. — ¿A ti?

ETHEL ¡Vas á estar precioso!

GWEN. ¿Y por qué no juega hoy, Raffles?

JORGE Creo que tiene precisión de ir á la capital. (Fingiendo que lanza bolas de cricket, llega al pie de la escalera al mismo tiempo que Madame Vidal á quien saluda.)

ESCENA III

DICHOS, RAFFLES, por el jardín. Después ENRIQUE

RAF. Señores... (Saluda primero á Gwendoline, luego á Ethel, etc. El Conde saluda á Madame Vidal al pie de la escalera.)

GWEN. Buenos días, Raffles.

ETHEL Pero, ¿qué es eso de marcharse hoy?

RAF. No sabe usted lo que lo siento, pero es indispensable.

JORGE Podría usted tomar el tren de las doce y media.

RAF. Me vendría el tiempo demasiado justo.

ETHEL Papá, ¿quieres darme mi collar? (A Raffles.) ¡Qué hermosa partida va usted á desbaratarnos!

ETHEL ¡Y qué triunfo nos hace usted perder! (El Conde busca un llavero en su bolsillo, y en él la llave de la caja, que abre. Saca el collar de Ethel, se lo da y ésta se lo pone. Vuelve luego á la caja, saca el estuche de lady Melrose y lo abre. Todo con la pausa suficiente para llegar á tiempo de decir lo que marca el diálogo.)

VID. (Da la mano á Raffles, luego á Gwendoline, Ethel y Bedford, Gwendoline sale á la puerta del jardín.) Me explico su decisión, amigo Raffles: después de la noche pasada, una inocente partida de cricket le aburriría mucho.

RAF. Al contrario. El contraste me convendría. Y si era reñida, mejor que mejor.

BED. ¿No ha dormido usted esta noche?

RAF. ¡Como un lirón! Para quitarme el sueño hace falta más que una estúpida intentona como la de ese bruto de Crawshay.

BED Es verdad, muy estúpida.

CONDE (Ante la caja.) Lo que siento es que no haya

habido ocasión de probar el mecanismo de mi caja.

ENR. (Entrando por el jardín.) Buenos días.

TODOS (Saludando respectivamente.) Muy buenos...

RAF. De todos modos, aunque suspendiera mi viaje me parece que no habría partida. El tiempo no está muy despejado... (Enrique habla con Ethel.)

VID. Ya lo predije yo.

JORGE Sí, sí... ¡Habrá partida, y yo me luciré!

CONDE (Abriendo el estuche.) ¡Bedford!

BED. (Separándose de Madame Vidal con quien hablaba.) ¿Qué ocurre?

CONDE ¡El collar!

TODOS ¿Qué pasa?

CONDE ¡Robado! (Con el estuche abierto.)

TODOS ¿Robado?

CONDE ¡Sí... robado! ¡El estuche está vacío! (Madame Vidal mira á Raffles, que se ha puesto el último de pie.)

JORGE (A Bedford.) Entonces... ¿Crawshay?

RAF. (Tranquilamente.) No, no...

JORGE Pues, ¿quién?

BED. (Divertido con el chasco.) El collar no estaba esta noche en la caja.

CONDE ¿Cómo que no?... Si yo mismo...

BED. Usted ha guardado el estuche vacío.

CONDE No lo entiendo.

BED. Es muy sencillo. Su señora hermana ha conservado el collar en su cuarto. (Todos se ríen.) Dispénsenme ustedes... Pero me lo consultó y yo aprobé su resolución.

JORGE (A Ethel.) ¡Qué plancha la de papá!

ETHEL Y qué desencanto... El, que creyó que ya le habían robado.

GWEN. (A Enrique.) Por fortuna no es así.

RAF. (Señalando á Bedford con un movimiento de cabeza.) ¡Estando él aquí, no hay peligro!

BED. ¡Era completamente imposible!

CONDE Y además, con mi caja, no hay cuidado. (La cierra.)

JORGE Sin embargo... ¡vaya un susto!... Bueno, vamos á desayunarnos. (Se dirige al comedor.)

ETHEL Sí, sí. (Se oye un grito en el cuarto de lady Melrose.)

TODOS ¿Qué pasa?

ESCENA IV

DICHOS, MARÍA en lo alto de la escalera. Después LADY MELROSE. Luego GOLDBY

MAR. Es la señora. (Aparece lady Melrose sin acabar de vestir y baja la escalera, donde la esperan Gwendoline y Madame Vidal. Apenas puede hablar. La llevan al sillón que ha preparado Jorge.)

VID. ¿Qué es eso, señora?

ETHEL / GWEN. ¡Tía!

MEL. ¡El collar!... ¡Desaparecido!

TODOS ¡Desaparecido!

BED ¡Desaparecido!... ¡Imposible!

MEL. ¡Yo misma lo guardé anoche en mi cajita de las alhajas... y no está allí!

ETHEL ¡María!

GWEN. Registraremos por todas partes... Tiene que parecer... (Las dos muchachas se disponen á subir la escalera. María sube delante y desaparece por el pasillo. Ethel también.)

ENR. Sí, sí... Lo encontraremos. Crawshay no le tenía cuando le registramos, y aquí no ha entrado nadie más que él.

GWEN. ¿Usted qué sabe?

ENR. Yo... yo... No he cerrado los ojos en toda la noche. (Gwendoline le mira fijamente. Las señoras se disponen á subir la escalera. Entra Goldby con un telegrama. Ethel baja.)

GOL. Este telegrama para el señor Bedford.

BED. (Después de leerle, con alegría á lady Melrose.) Un momento, señora... ¡Hay esperanza! (Las señoras se detienen.)

JORGE ¿Qué ocurre?

ETHEL ¿Hay esperanzas?

MEL. ¿Mi collar?

BED. Sí, señora.

MEL. ¡Explíqueme usted, se lo suplico! (Madame Vidal observa á Raffles.)

BED. Crawshay se ha escapado.

TODOS ¿Que se ha escapado?

BED Sí: ya me lo suponía yo, en cuanto se lo en-

tregué á ese policía á la antigua que acudió á nuestro llamamiento.

CONDE Entonces...

BED. Y por eso encargué á mi ayudante que vigilara al policía que vigilaba á ese pájaro. Y esto es lo que me telegrafía. «Crawshay se ha escapado. Sigo su pista.»

CONDE Bueno, pero yo no veo en esto una esperanza.

BED. Usted no la verá; yo sí. (La señora Melrose vuelve á su habitación.)

CONDE De todos modos, creo que debemos empezar por registrarlo todo. (Movimiento general hacia la escalera.)

BED. No, no... (Todos se detienen.) Mi querido amigo: si desea usted que parezca el collar es preciso que me deje usted por dueño absoluto de la casa durante los breves instantes que he de permanecer en ella.

RAF. Nada más justo.

BED. ¿Podría utilizar su automóvil?

CONDE Sí. (A Goldby.) Avisa al *chauffer*.

GOL. Bien, señor. (Mutis.)

BED. (A Manders que está cerca de la puerta del jardín.) ¿Tiene usted la bondad de cerrar esa puerta, señor Manders? No, no la cierre usted... ¿Anoche estaba abierta?

ENR. Creo que sí.

CONDE ¿Y nosotros, qué hacemos?

BED. Ustedes vayan á desayunarse. (Todos se dirigen al comedor.) Raffles, ¿quiere usted ser tan amable que me preste su concurso?

RAF. Con mucho gusto.

BED. Hágame usted el favor de armar el timbre de alarma.

RAF. Sí, señor. (Lo hace.) Pero...

BED. Pero, ¿qué?

RAF. Me parece que cierra usted la puerta de la jaula, cuando ha volado el pájaro.

BED. ¡Quién sabe si el pájaro está en la jaula todavía!... Y si se escapó, tal vez haya dejado un cómplice.

RAF. Es posible. Y yo propongo que se nos detenga y se nos registre á todos los que estamos aquí.

ETHEL (Muy entusiasmada.) ¡Eso, eso!

GWEN. ¡Ethel!

ETHEL Convirtamos el sótano en calabozo.

JORGE Mejor será la bodega... Pero vamos á ver si por fin nos desayunamos.

VID. (A Raffles.) ¿Necesita usted de mi auxilio?

RAF. Ofrézcaselo usted á Bedford.

MEL. (Baja la escalera ya vestida del todo.) ¡Imposible encontrarlo!... María lo ha revuelto todo... ¡y nada! (Al Conde.) ¿Qué vas á hacer?

CONDE El amigo Bedford tiene la solución del problema según dice. (Jorge, Ethel y Gwendoline hacen mutis por el comedor.)

BED. En el término de veinticuatro horas tendrá su collar. Yo se lo prometo, y nunca he faltado á mi palabra.

MEL. Si realiza usted ese milagro, mi reconocimiento será eterno. (Se va al comedor con Enrique y Madame Vidal.)

RAF. ¿Y cómo piensa usted cumplir su palabra?

BED. Encontrando el collar.

RAF. ¿En veinticuatro horas?

BED. Antes me media noche.

RAF. Amigo Bedford; para una obra caritativa que me inspira verdadero interés, yo apostaría cualquier cosa á que no logra usted su propósito.

BED. (Sonriendo.) ¿Formalmente?

RAF. Formalmente.

BED. ¿Qué quiere usted apostar?

RAF. Lo que usted guste.

BED. Dígalo usted.

RAF. Mil libras.

BED. ¡Es demasiado!

RAF. ¿Tiene usted miedo?

BED. No, pero es demasiado.

RAF. Quinientas libras.

BED. Sea: quinientas libras.

RAF. ¿Está dicho?

BED Está dicho. (Cambian un apretón de manos.)

RAF. ¿Tiene usted algún indicio? (Tomando un cigarrillo de la mesa.)

BED. Tal vez.

CONDE (Sentándose en la silla que hay á la derecha de la mesa.) Dígamelo usted. (Raffles se ríe.)

BED. (Sentándose en el sillón de delante de la chimenea.) Prefiero no decírselo, la verdad. Aun puede

ser un poco aventurado; porque por el momento no hay nadie en esta casa de quien yo no sospeche.

CONDE ¡Qué absurdo!

BED. Amigo mío, en asuntos de investigación criminal, no hay nada suficientemente absurdo para no tomarlo en consideración.

CONDE Pero, en fin, usted se habrá formado alguna idea.

BED. Naturalmente. Es indudable que Crawshay tenía algún cómplice dentro de la casa, y tal vez otro fuera.

CONDE Pero, ¿y el tiembre de alarma?... ¿Por qué no sonó?

BED. No estaba preparado todavía.

CONDE Ese Jorge es muy descuidado...

RAF. Pudo olvidarse...

BED. (Pensativo.) Su hijo de usted estaba fuera y dejó la puerta abierta...

CONDE ¡Por Dios, amigo Bedford! No vaya usted á sospechar de mi hijo, ni de nadie de casa.

RAF. (Riéndose.) ¡No, no!

BED. Ya no sospecho de nadie... O para hablar con franqueza, sospecho de todo el mundo.

CONDE ¿Hasta de mí?

BED. (Levantándose.) Señor Conde... ¿Quiere usted ir á desayunarse, y me hará usted un gran favor?

CONDE Confío en que antes de tomar cualquier determinación me consultará usted...

BED. Esté usted tranquilo.

CONDE Creo inútil manifestarle que preferiría que se perdiera esa alhaja antes que saber la verdad, si, lo que no espero, alguien de mi casa ó de mis amigos resultara culpable, aunque solo fuese de complicidad. (Vase al comedor.)

ESCENA V

RAFFLES. BEDFORD; luego GOLDBY

BED. (Detrás de la mesa, saca del bolsillo papel y pluma.) ¡Bueno! ¡Y ahora á trabajar!

RAF. Casi me alegro de este contratiempo, pues

gracias á él voy á conocer el método de usted.

BED. Este asunto promete ser el más entretenido de cuantos tuve en mi ya larga carrera. Es demasiado artístico, demasiado bonito, este golpe, para un profesional como Crawshay... ¡Ahí ve usted! Si yo no hubiera estado aquí hubiese creído que el ladrón era el Anónimo.

RAF. ¿Un cigarrillo?

BED. Gracias: cuando trabajo no fumo. (Reflexionando baja hasta colocarse entre la mesa y el sofá delante del piano.)

RAF A propósito. ¿Dónde estaba usted anoche, cuando entró Crawshay?

BED. Medio dormido en ese sillón.

RAF. ¡Ah!

BED. ¿Por qué?

RAF. No le ví á usted.

BED. (Volviéndose.) ¿Quiere usted hacerme un favor?

RAF. ¿Cuál?

BED (Colocando el sillón en el mismo sitio en que estaba la víspera.) Siéntese usted aquí, de cara á la chimenea. Por un momento usted es Bedford y yo soy Raffles.

RAF. El papel es difícil para usted.

BED. Vamos á ver si lo represento bien. ¿Usted venía de la biblioteca? (Mientras Bedford va á la biblioteca, Raffles sentado en el sillón, se convence de que aquel no ha podido verle la noche antes y deja escapar un suspiro de satisfacción. Bedford abre la puerta y la vuelve á cerrar: rechina.) ¡Es raro que yo no le oyera á usted.

RAF. Es que yo llevaba un calzado de suela muy fina.

BED. Eso debe ser. (Se acerca á la caja de caudales, como Raffles la noche anterior.)

RAF. ¿Qué hace usted ahora?

BED. Estoy ante la magnífica caja del señor Bedford.

RAF. (Riéndose.) Tengo una igual: no sirven para nada.

BED. ¿Estaba usted aquí cuando el silbido?

RAF. ¿Cuál? Hubo dos.

BED. Exacto. Al oirse el segundo.

RAF. Deslícese usted rapidamente en ese rincón obscuro detrás del arca, y espere. (Bedford lo hace, se detiene en el rincón y mira la puerta, la pared y la escalera.)

BED. Su cuerpo de usted debería hacer sombra en la pared.

RAF. (Siempre fumando y en el sillón, se divierte con la escena.) No: yo iba agachado, y mi sombra daba en el suelo.

BED (Ante la puerta del jardín.) ¡Ah!

RAF. Y desde este momento, señor Bedford, usted es el ladrón.

BED. Es un decir, ¿eh?

RAF. Se presenta por fuera de la puerta... (Bedford ejecuta los movimientos que Raffles le indica.)

BED Que está abierta.

RAF. Lo bastante para que se pueda entrar sin tropezar en ella.

BED. Y siempre sin hacer el menor ruido...

RAF. Entra en la habitación... (Raffles se levanta.) ¡Eso es! Da dos ó tres pasos... poco más ó menos hasta el pie de la escalera, y entonces...

BED. Un momento. (Sale por la puerta del jardín, vuelve, avanza como lo hizo Crawshay hasta el pie de la escalera. Raffles, de cara á la chimenea, está divertidísimo. En este momento, por primera vez, sospecha Bedford de Raffles, su rostro lo expresa, le dirige dos miradas rápidas y luego disimula su impresión.) ¿Y entonces?...

RAF. Espere usted. ¿En qué estábamos? ¡Ah, sí! Nuestro hombre llega al pie de la escalera y va á volverse para marcharse cómo ha venido. (Se coloca á la derecha de Bedford que sigue al pie de la escalera.) Lo demás es muy sencillo, dada la fuerza muscular necesaria para dominar á un bruto como Crawshay. Permita usted. Le inca usted la rodilla en el hueco de la espalda; (Hace lo que indica.) le sujeta por los hombros, y luego grita: ¡Luz, luz! Ni más ni menos. (Saluda, echando besos como un titiretero.)

BED. (Echando besos también.) ¡Es admirable!

RAF ¿Tiene usted la clave del misterio?

BED. Sí, señor.

RAF. ¿Y qué? (Bedford le coge del brazo y pasean.)

BED (Dando una explicación falsa.) Crawshay tuvo tiempo de arrojar el collar al jardín.

RAF. (Cogiendo el brazo de Bedford.) Para eso era necesario que lo hubiera cogido antes.

BED. Se lo dió un cómplice que tenía dentro de la casa.

RAF. ¿Y quién podía dar el collar sin que yo lo viera? Está usted completamente equivocado.

BED. (Vase á la izquierda.) Puede ser.

RAF. Además, no tuvo tiempo para tirar nada al jardín, porque yo anduve muy listo... Y como Jorge estaba fuera le habría tenido que ver seguramente.

BED. ¿Está usted seguro de que Jorge estaba fuera?

RAF. Hombre, amigo Bedford, á poco más va usted á sospechar de mí.

BED. (Junto á Raffles.) Pues alguien tiene el collar.... (Raffles se ríe.)

GOL. (Por la puerta de servicio.) El automóvil está á la puerta, señor.

BED. Gracias. Que espere un momento.

RAF. Goldby.

GOL. Señor.

RAF. ¿Han enviado mi equipaje á la estación?

GOL. Sí, señor.

RAF. Gracias. (Sube hacia la puerta del comedor. Goldby sale por la de servicio.)

BED. ¿Se va usted en bicicleta?

RAF. Sí; es posible; es un chisme desdeñado, pero verdaderamente útil.

BED. (Sale entre el canapé y la mesa, por detrás de ésta, y estrecha la mano de Raffles.) ¡Ah!

RAF. A propósito, amigo Bedford, aquí tiene usted mis señas de Londres. (Le da una tarjeta.) Mucho le agradeceré que me haga una visita, para contarme el éxito de sus gestiones.

BED. Es usted muy amable y acepto su invitación.

RAF. Agradecido, y buena suerte. (Sale por el comedor. Bedford va á convencerse apresuradamente de que Raffles ha salido: vuelve junto á la mesa.)

BED. ¿Será posible que?... (Va al jardín, se agacha ante la puerta para examinar si hay huellas de pasos. Entre tanto, María baja la escalera, y creyendo que no hay

nadie en la habitación va á salir por la puerta-ventana cuando se encuentra de mano á boca con Bedford en el momento que éste se vuelve.)

ESCENA VI

BEDFORD y MARÍA

BED. Usted es la doncella de la señora, ¿verdad?

MAR. Sí, señor. (Va a salir.)

BED. (Pausa.) ¿Dónde va usted? (Acercándose.)

MAR. A ninguna parte... Al jardín.

BED. (Deteniéndola cuando se dispone á salir.) Espere usted. Acérquese. ¿Dónde ha escondido usted el collar?

MAR. ¿Yo, señor?

BED. Sí, usted. (La coge el bolsón de mano.)

MAR. No comprendo: no sé lo que quiere usted decir.

BED. (Colocado en el ángulo izquierdo de la mesa abre el bolsón y saca de él un portamonedas y un billete de ferrocarril.) ¿Un billete para Londres?

MAR. Es viejo, señor.

BED. Se lo han enviado para impedir que hable usted en la estación más de lo debido. (Saca un velo de luto.) ¿Es usted viuda?

MAR. ¡Ay! ¡Sí, señor!

BED. (Aproximándose á María y hablándola muy de cerca.) Usted cogió anoche el collar de su señora. Luego bajó usted la escalera y se lo entregó á Crawshay.

MAR. Crawshay miente.

BED. Crawshay no ha dicho ni una sola palabra.

MAR. Nadie me...

BED. ¡Chist!... Ya se explicará usted ante quien corresponda.

MAR. ¿Pero no me van á...?

BED. Sí, sí, y ahora mismo se va usted á venir conmigo. (Cierra el bolsón.)

MAR. (Resignada, sentandose en el sofá.) Está bien... Ya pueden buscar, registrar todo lo que quieran. No encontrarán nada, nada, ¿lo oye usted? Nada.

BED. (Pausa prolongada.—Se acerca á ella.) Oiga usted.

MAR. ¿Qué?

BED. Si contesta usted á mis preguntas la dejo escapar.

MAR. ¿Me dejará usted que me vaya?

BED. Sí.

MAR. ¿De veras?

BED. Yo no miento nunca.

MAR. Pregunte usted.

BED. ¿Usted entregó el collar á Crawshay?

MAR. (Pausa.) Sí, señor.

BED. ¿Tenía usted algún otro cómplice fuera?

MAR. (Pausa.) Sí, señor.

BED. (Volviendo detrás de la mesa.) Puede usted marcharse.

MAR. (Levantándose.) ¿A Londres?

BED. Donde usted quiera: al infierno si se le antoja.

MAR. (Coge el bolsón.) Es usted muy bueno. (Sale apresuradamente por la puerta del jardín. Bedford, sentado á la mesa, se frota las manos y luego escribe.)

BED. Miente. No tenían cómplice alguno. (Va á ver si se ha ido María.) Tengo tiempo de telegrafiar á las dos direcciones para que la vigilen. Este es el asunto más bonito que se me ha presentado en mi vida... (Escribe un telegrama.)

ESCENA VII

BEDFORD y el CONDE

CONDE (Entrando del comedor.) Me ha dicho Raffles que aun no ha llegado á ninguna conclusión.

BED. (Satisfecho.) ¿Raffles lo dice?

CONDE Sí. ¿Va usted á Grey Towers?

BED. Ya es inútil.

CONDE Tal vez encontrará usted allí alguna pista.

BED. Me basta con la que tengo.

CONDE (Sentado á la derecha de la mesa.) Pero ha descubierto usted?...

BED. Una pista, sí, ó algo parecido.

CONDE ¿Dónde?

BED. Aquí.

CONDE ¿Aquí? ¡Pero Bedford!...

BED. Y esa pista me llevará directamente al Anónimo.

CONDE ¿El Anónimo aquí?

BED. Aquí.

CONDE ¿Crawshay?

BED. No, Crawshay no.

CONDE ¿Crawshay, no? Entonces, ¿quién?... ¡Hable usted!

BED. Alguien de quien jamás hubiera usted sospechado. (Movimiento de expectación en el Conde.) ¡Eso es! Y ya no digo una palabra más.

CONDE ¡Por Dios, amigo mío! ¿No sospechará usted de ninguno de casa?

BED. Señor Conde, he prometido devolver la alhaja en el término de veinticuatro horas, y cumpliré mi promesa.

CONDE Pero, ¿de quién se atreve usted á creer?...

BED. Para el buen éxito de mis pesquisas es preciso dejarme sospechar de quien yo quiera.

CONDE Amigo Bedford, no pretendo decirle á usted nada desagradable; pero si en vez de utilizar mi automóvil para seguir esa pista que le parece segura, quiere usted servirse de él para marcharse al otro extremo de Inglaterra, se lo agradeceré profundamente. Nosotros arreglaremos solos este asunto.

BED. Diga usted lo que quiera; pero yo he dado con una pista y tengo que seguirla hasta el fin, por lamentable que á usted le parezca. (Vase rápidamente por el jardín, después de coger el sombrero y los guantes.)

ESCENA VIII

El CONDE, GWENDOLINE. Luego GOLDBY. Después MADAME VIDAL

GWEN. (Que viene del comedor y encuentra al Conde anonadado en la silla de la derecha de la mesa.) Creía que estaba contigo el señor Bedford.

CONDE Acaba de salir, gracias á Dios.

GWEN. (Detrás de la mesa.) ¿Por qué, gracias á Dios?

CONDE Porque la sospecha es un huésped muy desagradable.

GWEN. Yo creo que dará con el collar, porque parece dispuesto á recorrer todo el mundo hasta que lo encuentre.

CONDE Es posible; pero yo no volveré á invitar á un extraño á que se mezcle en nuestros asuntos. Debí confiarme á Raffles, que al menos es de los nuestros.

GWEN. ¿Tienes tan buena opinión de Raffles?

CONDE Ya lo creo. ¿Tú no?

GWEN. (Sentándose en el sofá.) ¡Oh, sí!

CONDE ¡Con qué expresión lo has dicho! Casi gritando.

GWEN. ¿Yo?

CONDE (Levantándose y acercándose á Gwendoline por detrás de la mesa.) Sí, tú; pero no me extraña. ¡Ya sé, ya sé, picarilla!

GWEN. ¡Tío!

CONDE Tu tío te quiere mucho y nunca se opondrá á que seas feliz.

GWEN. (Levantándose.) ¡Qué bueno eres!

(Entra Goldby.)

GOL. El coche está dispuesto, señor.

(Entra del comedor Madame Vidal.)

CONDE (A Gwendoline.) Todo se arreglará; te lo prometo; todo se arreglará. (La besa y coge el abrigo y el sombrero que le da el criado.)

VID. ¿También usted se marcha?

CONDE Me voy á Londres todo el día. (A Gwendoline.) Hasta la vuelta. (A Madame Vidal.) Señora... (Sale rápidamente por el jardín seguido del criado. Madame Vidal se sienta á la derecha de la mesa y mira los periódicos.)

ESCENA IX

GWENDOLINE y MADAME VIDAL. Luego RAFFLES

VID. ¿Sabe usted lo que acaban de decirme?

GWEN. (A la izquierda de la mesa.) ¿Qué?

VID. Ese imbécil de Bedford supone que Jorge puede ser cómplice en el robo del collar.

GWEN. ¡Suponer que Jorge! ¡Qué atrocidad!

VID. Sí, un absurdo; porque seguramente no es él.

GWEN. Tal creo. Pero lo ha dicho usted de un modo...

VID. Ya sabe usted lo que quiero decir, ¿verdad?

GWEN. ¿Yo?... Yo no.

VID ¿La impresiona á usted el caso?

GWEN. Habla usted de una manera, con un tono...

VID. Ya sabe usted de quién se trata, ó lo supone al menos.

GWEN. Pero no puedo creerlo.

VID Eso es muy humano. Y aunque usted lo creyera no le denunciaría.

GWEN. ¡No, de seguro! Ni usted tampoco, aunque apenas le concce, ¿verdad, señora?

VID. ¿Que apenas conozco á Raffles? Se ríe.)

GWEN. Pero, ¿se refería á Raffles?... ¿A Raffles? ¿Se atreverá usted á sospechar de él?

VID. ¡Que no le conozco!... ¡Hace mucho tiempo! ¡Somos antiguos amigos!

GWEN. ¿Le odia usted?

VID. ¡Con toda mi alma!

GWEN. Eso prúeba que antes fué todo lo contrario.

VID. He sido algo suyo y quiero volver á serlo.

GWEN. ¿Y quién lo impide, señora?

VID. Usted, en primer término.

GWEN. ¿Yo?

VID. (Levantándose.) Sí; usted, en quien él piensa demasiado.

GWEN. ¡Señora!

VID. Y le aconsejo á usted que no se atraviese en mi camino.

GWEN. Si él piensa en mí, ¿cómo podrá usted impedírselo?

VID. ¿Se atreve usted?...

GWEN. Sí. (Raffles entra del comedor.)

VID. (Pasando detrás de la mesa.) Hasta la vista, Raffles.

RAF. ¿Se va usted también?

VID. Sí, me despedía de nuestra querida Gwendoline; pero á usted le digo «hasta la vista».

RAF. Hasta la vista. (Mutis Madame Vidal por el jardín.) ¿Qué tiene usted, señorita?

ESCENA X

GWENDOLINE y RAFFLES

GWEN. (Nerviosa.) Nada... nada. No tengo nada.

RAF. Parece que está usted intranquila...

GWEN. Es que estoy contenta, muy contenta.

RAF. Si no temiera parecer indiscreto, me atrevería á preguntarle el motivo de esa alegría, ¡que ojalá sea eterna!

GWEN. Es que me parece que acabo de tomar posesión de la vida... Me he convencido de que no soy tan insignificante como me suponía. ¡Una mujer me ha dicho que está celosa de mí, y esto me enorgullece!

RAF. ¿Cómo?... ¿Ella le ha dicho á usted?...

GWEN. Sí... Ella, como usted dice, acaba de hacerme una escena de celos... Muy pequeña, es verdad, pero como es la primera de mi vida me ha parecido tan grande... ¿Qué?... ¿No se ríe usted?... Yo esperaba una de sus frases irónicas, y usted se calla... Se ha quedado usted pensativo...

RAF. No, no, señorita.

GWEN. ¡Ah, ya sé, ya sé! Ethel me lo decía anoche.

RAF. ¿Qué la decía?

GWEN. Que madame Vidal le miraba á usted como cosa propia.

RAF. ¿Y usted qué contestó á esa broma?

GWEN. Yo contesté que era verdad.

RAF. ¡Que era verdad!... Permítame usted que le diga, señorita, que yo soy bien poca cosa para ser de alguien y que me pertenezco por completo, en cuanto uno puede pertenecerse... Y la diré también, que á pesar de la cordial acogida que aquí he tenido, de las horas felices que aquí he pasado, me veo en la precisión de marcharme.

GWEN. ¿Pero es verdad?... ¿Marcharse?... ¿Y la partida?

RAF. ¡Psch, la partida! .. Ya habrá quien me sustituya.

GWEN. ¡Qué lástima! (Pequeña pausa.) Le echaremos á usted muy de menos, con y sin cricket...

RAF. ¿De veras?

GWEN. De veras.

RAF. Muchas gracias, señorita.

GWEN. Gracias, ¿por qué?

RAF. Por lo que acaba usted de decirme. Prometer que se me echará de menos, es casi asegurarme que no se me olvidará... ¡Y esto es tan hermoso!... Y también la agradezco á

usted otra cosa que ha hecho por mí, quizás sin darse cuenta de ello.

GWEN. ¿Yo?... ¿Yo por usted?

RAF. Sí; me ha hecho usted desear una existencia nueva... Es decir, un imposible, porque creo que nosotros no podemos cambiar la vida; es la vida, siempre, quien nos cambia... Por eso siento hacia usted una profunda gratitud, Gwendoline; y esta gratitud se manifiesta en un sincero deseo de ser útil á alguien... ¿Quiere usted ayudarme á conseguirlo?

GWEN. Sí.

RAF. ¿Va usted á contestarme con franqueza?

GWEN. Sí.

RAF. Pues bien, Gwendoline, si hubiera en el mundo un hombre profundamente enamorado de usted, (Movimiento de Gwendoline.) y ese hombre se creyera indigno de su cariño, y lo fuese... ¿querría usted perdonarle en gracia á la lealtad de su amor?

GWEN. Si yo le amara, sí.

RAF. Si ese hombre, por inexperiencia ó por debilidad, se hubiera apartado del buen camino, y para volver á él solicitara el amparo de su ternura, ¿se lo negaría usted?

GWEN. ¡Queriéndole, no!... ¿No dicen que el amor todo lo purifica?... Pues debe servir para borrar un pasado.

RAF. Usted conoce á ese hombre, aunque no haya tenido tiempo de apreciarlo.

GWEN. ¡Quién sabe!

RAF. ¡La ama á usted tan sinceramente!

GWEN. ¡Ah!

RAF. ¡La ama á usted hace tanto tiempo, tímido, vacilante, resignado! Quizás no se atreva nunca á declararla su pasión, y por eso yo se la declaro en su nombre... ¿Quiere usted hacerme para él una promesa?

GWEN. Diga usted...

RAF. Prométame usted que cuando él se atreva por fin á decirla cuánto la quiere, á acercarse á ese corazón que ha ambicionado, con sus temores, sus esperanzas y sus remordimientos, usted le acogerá bondadosamente.

GWEN. Lo prometo.

RAF Ese día, Gwendoline, salvará usted á un hombre, y habrá realizado la acción más hermosa que puede realizar una mujer.

GWEN. Lo haré, Raffles... Se lo prometo de todo corazón.

RAF Gracias, gracias... (Le besa la mano y se dirige al comedor.)

GWEN. ¿Cuándo volverá usted?

RAF ¡Nunca!

GWEN. ¿Nunca?... ¡No volverá usted nunca!

RAF. ¡Pero jamás olvidaré cuánto la debo! ¡Su sola presencia ha hecho de mí otro hombre! Y eterna será también mi gratitud por la promesa que me ha hecho usted para... Enrique Manders.

GWEN. ¿Para Enrique Manders?... ¿Hablaba usted en favor de Enrique?

RAF Sí, Gwendoline.

GWEN. ¡Hablaba usted en favor de Enrique!...

RAF ¿Creyó usted que me atrevía á hablar en mi nombre?... No, no ha creído usted...

GWEN. (Con voz casi imperceptible.) Sí.

ESCENA XI

DICHOS y ENRIQUE

ENR. Dime, Raffles... (Al ver á Gwendoline.) ¡Ah, perdón! (Pequeña pausa. Se acerca.) Pero, ¿qué tiene usted, Gwendoline?

GWEN. Pregúnteselo usted á su amigo. (Se va lentamente por el jardín.)

ENR. ¿Qué sucede?

RAF. Sucede, querido Enrique, que acabo de jugar por ti, y he perdido.

ENR. Ya te lo dije... No me sorprende, pero renueva mi amargura... Gwendoline no me quiso nunca, no me querrá jamás... Su desvío se ha convertido en desprecio, y oye una cosa horrible... la ha llevado hasta á dudar, hasta á sospechar de mí...

RAF ¿Sospechar de ti?... ¿Qué sospecha?

ENR. ¡Que he robado el collar!

RAF. ¡Tú, tú!

ENR. ¿Verdad que es horrible?... Y te aseguro que no lo merezco... ¡No lo merezco!

RAF (Abrazándole.) ¡Tú, tú!... No sospechará mucho tiempo... ¡Te lo juro!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La casa de Raffles en Londres. Una habitación cuadrada, artísticamente adornada y amueblada, que denota buena posición y buen gusto. Al foro, centro, gran puerta de dos batientes que da á un comedor en el que se ve una ventana con vidrieras de colores, practicable. A la derecha de esta puerta, adosado á la pared, gran reloj de caja, señalando una hora visiblemente falsa. Lateral derecha, primer término, una ventana. A la izquierda, primer término, puerta que da al recibimiento. Foro derecha, una librería. Foro izquierda, un armarito de cristal ó una vitrina. Cerca de la ventana una chaise-longue. En las paredes, reproducciones de cuadros: grupo de jugadores de cricket: un grabado representando á Raffles en traje de cricket. A la derecha, mesa escritorio con lámpara de pantalla. A la izquierda, un sofá, dos butacas y una mesita. En el centro de la escena, un velador con periódicos. Son las seis de la tarde del mismo día. Hay niebla que hace necesaria la luz artificial. Al levantarse el telón, la puerta del foro está cerrada y la escena á obscuras. Se oye vocear en la calle los periódicos: «... Que acaba de salir ahora... Con todos los detalles del robo de los brillantes.» Se oye abrir la puerta de la escalera á la izquierda. Aparece el Portero con unos sacos de viaje en la mano, que deja sobre el sofá. Da vuelta á la llave de la luz que hay junto á la puerta y la enciende. En seguida entra Raffles, que ha vuelto á cerrar la puerta de la escalera. Esta puerta, invisible para el público, debe oirse al entrar ó salir los personajes.

ESCENA PRIMERA

El PORTERO y RAFFLES

PORT. Espere usted que encienda.

RAF (Deja su sombrero.) ¿Ha ocurrido algo durante mi ausencia?

PORT. (Ayudando á Raffles á quitarse el gabán, que luego cuelga á la entrada, y volviendo á coger los sacos de viaje.) Nada de particular... Han traído esas cartas. (Se las enseña sobre la mesa.)

RAF Pueden esperar. (El Portero abre la puerta del foro, enciende la luz y deja dentro los sacos de viaje.) ¡Cuánto polvo!

PORT. Como el señor me ordenó que no tocase nada...

RAF. Perfectamente. Veo que me has obedecido. (Dándole una moneda.) Toma.

PORT. Gracias, señor. (Vase por la izquierda, dejando la puerta abierta; se oye el ruido de la puerta de la escalera al cerrarse.)

RAF. (Cierra la puerta y se dirige al reloj, cuya llave toma de encima de la biblioteca, le da cuerda y lo pone en hora consultando su reloj de bolsillo. Lo pone en las siete, después de hacer que dé los tres cuartos y luego la hora: todo ello canturreando. Luego se acerca al armarito y saca una botella de whisky, un sifón y dos vasos, que coloca sobre la mesa que hay delante del sofá; se acerca al velador del centro y saca el revólver del bolsillo, lo descarga, coloca los cartuchos en el cenicero y lo deja sobre los periódicos. Saca el collar del bolsillo, lo echa sobre el escritorio; enciende la lámpara y se sienta para examinarlo.) ¡Tiene razón Bedford! Despedazándolo, podrían venderse los brillantes sueltos sin despertar la menor sospecha... (Contempla las piedras y mueve la cabeza.) ¡Sería una lástima! (Vuelve á mirar la joya. Llaman. Se guarda el collar en el bolsillo; mira la hora y va á abrir. Se oye hablar en el recibimiento.) ¡Ah!... ¿Eres tú?... ¡Entra, entra! (Entra Enrique y luego Raffles.)

ESCENA II

ENRIQUE y RAFLES

ENR. ¡Qué niebla más sucia y más espesa!

RAF. Si no se ve ni gota. ¿Has encargado la comida en el Club?

ENR. Sí, y he recogido tus cartas. (Echa un paquete de ellas sobre la mesa.) Aquí las tienes. Y como de costumbre, hay muchas de letra femeni-

na. (Se quita el gabán y el sombrero, que deja sobre el sofá.)

RAF. (Que se ha acercado á la mesa de la derecha.) Serán invitaciones. (Mirando las cartas.) ¿Madame Vidal, ya? (Tira la carta sin abrirla y abre otras dos ó tres.)

ENR. ¡Eres el hombre de la suerte! Te buscan en todas partes, te tratas con todo el mundo... Te escriben cartas de esas... Tienes cuanto puede desear un hombre.

RAF. No lo creas, querido Enrique... Todo lo contrario. Estoy cansado del juego, y pienso dejarlo.

ENR. ¿El cricket?

RAF. Sí, y todo lo demás.

ENR. ¿Cómo?

RAF. Sí. (Enrique se ríe.) Si tú supieras qué necesitado estoy de reposo y de olvido; como deseo perderme en un país de sol y de silencio.

ENR. ¿Ves cómo no me engañaba, Raffles? Estás enamorado... Y ella te quiere.

RAF. ¡No digas semejante cosa!

ENR. Sí, sí...

RAF. (Se levanta y se acerca á Enrique por detrás.) Ni lo pienses siquiera. ¿Crees tú que yo permitiría enamorarme de una criatura tan adorable como ella?

ENR. ¿Y por qué no?... Eso no puede remediarse.

RAF. Se puede lo que se quiere. Yo no soy el hombre que la conviene.

ENR. De nosotros dos, tú eres el mejor.

RAF. (Le da golpecitos en un hombro.) ¿Yo soy el...? No hablemos más de eso. (Se sienta en el sillón del escritorio.)

ENR. ¡Vamos! Ahora parece que eres tú el que está desanimado.

RAF. No: es la reacción natural después de una noche como la pasada. ¿Qué hay de nuevo por el Club?

ENR. Puedes figurártelo. El robo del collar. Los periódicos de la tarde no hablan de otra cosa.

RAF. Es natural: ya les ha caído una información interesante.

ENR. Todos han publicado su correspondiente

extraordinario. (Imitando a los vendedores de periódicos.) «¡Otra hazaña del Anónimo! ¡El increible robo de un collar!» Y á propósito... ¿Crees tú que Jorge?...

RAF. (Se levanta y va al velador.) ¡No, no!

ENR. Yo tampoco, la verdad. Pero Bedford sí que lo cree: como sabe que es un jugador empedernido, acaso piense que por el juego...

RAF. No, no. ¡No hay un motivo serio!... ¡Qué disparate!... ¡Pobre muchacho!

ENR. Me atrevo á recordarte tu promesa... Estoy preocupado con ese dichoso cheque, y por nada del mundo quisiera quedar con Jorge en descubierto... Yo te aseguro que te devolveré el dinero... lo más pronto posible.

RAF. No te ocupes de eso, y hablemos de otra cosa.

ENR. Gracias, otra vez. (Pausa.) Ya sabrás que Bedford tiene la pretensión de devolver el collar antes de media noche. No sé cómo se las va á arreglar.

RAF. Yo tampoco lo sé. (Timbre. Va á abrir.) Ya empiezan á aporrearme la puerta. No puede uno estar tranquilo en su casa un minuto.

ESCENA III

DICHOS y JORGE

JORGE (En el recibimiento.) ¿Está usted aquí? Ya le podía yo buscar.

ENR ¡Jorge! (Finge que está leyendo un periódico.)

RAF. Pase usted. (Cierra la puerta y luego saca del armario otro vaso que pone sobre la mesita.)

JORGE (Entra y avanza hasta el centro.) ¿Usted también aquí, amigo Manders? ¡Qué casualidad! Cuando usted quiera le ofrezco el desquite.

ENR, No, gracias. He jurado no volver á jugar.

JORGE Yo también lo he jurado muchas veces.

RAF. ¿Quiere usted un cigarrillo?

JORGE De los míos, si usted me permite. (Saca la petaca y al abrirla deja caer un cheque que recoge. A Enrique.) ¡Ah! El cheque de usted. Aún no lo he cobrado! Llegué al Banco en el momento en que cerraban.

RAF. (Sonriendo.) ¡Sí que tiene usted prisa! ¡Yo que usted iría el lunes á primera hora para esperar que abriesen! ¿Y qué le trae á usted á Londres, si no es indiscreto preguntarlo?

JORGE (Se sienta á la izquierda de la mesa de la derecha y deja su sombrero.) Una lluvia torrencial, que nos hizo suspender la partida. Las mujeres, nerviosas y asustadas, negándose á pasar una noche más allí, sin otra protección que la mía. Total, que nos resolvimos de pronto y hemos venido en el tren de las dos y diez.

RAF. ¡Todos! ¿Y no se ha descubierto nada?

JORGE Nada. ¡Ah, sí! La doncella se ha escapado.

RAF. ¡Ah!

JORGE Pero ese detalle no debe ser de importancia.

RAF. ¿No?... ¿Por qué?

JORGE Creo que el mismo Bedford la dejó marchar. ¿No le han visto ustedes?

RAF. No: ¿y usted?

JORGE Ahora mismo. En el portal de esta casa.

RAF. Le dije que viniera á hacerme una visita. No se descuida, por lo visto. (Se levanta y va á mirar por la ventana.)

JORGE Y á propósito de visitas. Como nuestra casa de Londres está inhabitable, nos hemos ido todos, por el momento, al Hotel Carlton. (A Raffles, en voz baja.) Se lo advierto á usted porque Gwendoline quiere hablarle y me ha rogado que se lo dijera.

RAF. El caso es que... me voy de Londres esta misma noche.

ENR. (Junto a la ventana.) ¿Te vas de Londres?

RAF. Sí, precisamente iba á decírtelo cuando entró Jorge.

JORGE ¡Pero esto es inaudito! Ladrones por la noche: lluvia por la mañana: y Raffles huyendo de nosotros como de la peste. (Timbre.)

RAF. (Tendiéndose en el sofá.) Enrique, ¿quieres abrir? (Enrique va á abrir.)

ESCENA IV

DICHOS y BEDFORD

BED. (En el recibimiento.) ¡Hola! ¿Cómo está usted, señor Manders?

JORGE (En voz baja.) Ya está aquí el agua-fiestas. Me marcho. (Deja el cigarrillo en el cenicero, toma su sombrero y se va.)

RAF. (A Bedford que entra.) ¡Cuánto celebro ver á usted! (Le recibe cordialmente y le estrecha la mano con efusión, sin dejar de vigilarle atentamente. A Jorge.) ¿Se va usted?

JORGE Sí: no puedo detenerme más. Luego nos veremos Adiós, señores. (Vase.)

BED. Adiós. (Se acerca á la ventana. Raffles le sigue.)

RAF. (A Bedford.) Siéntese usted. ¿A qué debo el placer de su visita?... ¿Qué le trae á usted por aquí?

BED. El deber.

RAF. Supongo que no se refiere usted á su deber profesional.

BED. Precisamente Vengo á cumplirlo cerca de usted. (Se acerca al sofá, se quita el gabán y lo deja en el respaldo, sentándose en un extremo. Raffles en el otro y Enrique en una silla.)

RAF. Es usted la amabilidad en persona.

BED. ¡Por Dios!

RAF. Y el caso es que temeroso de un desencanto, ni Enrique ni yo nos atrevemos á preguntarle á usted qué hay de sus investigaciones.

BED. Pero yo vengo á decírselo á usted.

RAF. Gracias.

BED. Para que esté usted prevenido.

RAF. ¿Prevenido?

ENR. Ésto se pone interesante.

BED. Sí lo es y mucho: se lo aseguro. Ya oyeron ustedes que nuestro amigo el Conde me ofreció esta mañana su automóvil, para que me llevara á donde yo quisiera. ¡Creo que el diablo en persona se ha disfrazado de *chauffer* y me ha traído directamente á Londres! (Enrique se sienta al lado de la mesita.) He llegado

á tiempo para ver en un cruce de la vía férrea, á la doncella de lady Melrose, con su traje de luto.

ENR. ¡Calla, pues es verdad! ¡Ahora recuerdo que en el tren venía una viudita, cuya cara no me pareció desconocida!

BED. Era ella. Como una paloma mensajera, ella me condujo al punto de reunión de toda la banda, cerca del camino de Fulham. Pocas horas después seguía yo al propio Crawshay.

RAF. ¿Le seguía usted?

ENR. Yo le hubiera mandado detener inmediatamente.

RAF. ¿Y á dónde le llevaba usted á Crawshay?

BED. Hacia los brillantes.

RAF. ¿Hacia los brillantes? ¿Y ha llegado usted?

BED. No puedo decirlo... todavía.

RAF. (Levantándose.) ¡Qué lástima! ¿Un poco de whisky?

BED. Gracias, no. Hay demasiada niebla en la calle y no quiero tenerla también en mi cabeza.

RAF. (Va á la ventana, pasando por detrás de la mesa.) ¿Y acaso, por la niebla, ha perdido usted la pista de Crawshay?

BED. No la he perdido, no. A él sí que le ha perdido su criminal instinto. Es más poderoso en él el deseo de venganza que su afición á los brillantes. Ya he dicho á usted que venía para prevenirle. (Va á la ventana.) Crawshay está aquí. (Raffles silba.)

ENR. ¿En Londres?... ¿En este barrio?

BED. Sí: en este barrio, en esta calle, y quizás en esta casa. (Se acerca á la ventana, la abre, mira y vuelve á cerrar.) Pero mi gente le espía.

ENR. ¿Y él busca á Raffles para vengarse?

BED. ¡Usted le maltrató anoche! Ya oyó usted su amenaza... ¡Estos criminales!... Hay que andar con ojo...

RAF. ¡Bravo! Admiro á ese hombre, qué quiere usted que le diga. Es todo un carácter, aunque criminal. Y á usted, amigo Bedford, le quedo muy reconocido. Ha sido usted muy amable.

BED. Repito que he cumplido mi deber.

RAF. ¡Laudable sentimiento del deber que le obli-

ga á usted á perder su tiempo en mi favor! Porque esto puede costarle á usted la pérdida de nuestra apuesta.

BED. (Riéndose.) No lo crea usted Nada me impedirá ganarla, amigo Raffles. ¡Tendré el collar en la mano mucho más pronto de lo que usted supone!

RAF. Es posible; pero no antes de media noche.

BED. Tal vez antes de que usted y yo hayamos envejecido una hora.

ENR. (Aparte.) ¿Qué quiere decir este hombre?

RAF. Ya comprendo. Usted piensa que Crawshay ha querido asegurar su botín antes de vengarse.

BED. Y probablemente lo traerá consigo

ENR. (Asustado.) ¿Y dice usted que quizás se oculta en esta casa?

BED. ¿Me permite usted que lo vea?

RAF. (Se sienta en el sillón del escritorio.) Con mucho gusto. (Bedford mira á su alrededor, mira al reloj de pared y luego la puerta de dos batientes, en tanto que Raffles coge algunas cartas y hace que las lee.)

BED. (Indicando la puerta de dos batientes.) ¿Puedo abrir?

RAF. Todo lo que usted quiera, amigo mío. (Bedford abre la puerta, entra en la habitación, se acerca á la ventana, la abre y mira hacia afuera.)

ENR. (A Raffles con impaciencia y mirando á Bedford.) ¡Pero!...

RAF. ¡Déjale!

ENR ¡Vaya un tupé que tiene el amigo!

BED. (Desde la otra habitación.) Diga usted, ¿qué es este armario?

RAF. (A la defensiva.) ¿Qué armario?

BED. (Apareciendo en la puerta.) Ese de allí.

RAF. Tenga usted la llave. (Entra en la habitación del foro.)

BED. ¡Ah, sí! Es un ropero. (Ruido de cerrar el ropero.)

RAF. Sí, para mis trajes. ¡Qué quiere usted! Es necesario tener ropero para guardar la ropa (Bedford vuelve, mirando á su alrededor, mientras Raffles cierra el armario y luego la puerta.)

BED. (A Enrique.) Es muy bonito el cuarto.

ENR. Sí; y muy alegre.

BED. (Acercándose á la biblioteca.) ¡Qué admirable co-

lección de libros! (Coge uno.) ¡Poesías! Me gustan poco.

RAF. (Que ha vuelto y está de pie delante de la puerta grande.) ¡Parece mentira!... A mí me entusiasman. (Da el reloj las siete y cuarto.)

BED. ¡Hermoso reloj antiguo!

RAF. (Riendo.) ¿Quiere usted mirarlo por dentro? (Ambos le tocan cada uno á un lado.)

BED. Tiene usted el difícil arte de encontrar las cosas buenas. Mi especialidad, en cambio, es descubrir las malas.

RAF. Ese es también un arte bien difícil.

BED. (Se coloca delante de la mesa escritorio y se sienta de espaldas.) Yo creía que esa habitación era la alcoba.

RAF. No, yo duermo en el dormitorio de mi ayuda de cámara.

BED. ¿Qué ayuda de cámara?

RAF. El mío, el que yo debería tener.

BED. ¿Y no vive aquí con usted el señor Manders?

RAF. No, y lo siento, porque somos antiguos amigos. ¿Verdad? (Da golpecitos en el hombro á Enrique.)

ENR. (Aparte,) ¡Me parece que abusa!... Esto parece un interrogatorio en toda regla.

BED. (Mirando un retrato colgado de la pared, á la derecha del reloj.) ¿Qué retrato es este?

ENR. El retrato de Raffles, que publicó una revista. Por cierto que tuvo que hacer cuatro ediciones. (Timbre. Raffles va á abrir.)

MER. (En el recibimiento.) ¿El señor Bedford? (Este se levanta y va al centro de la escena al oir su voz.)

RAF. (En el recibimiento.) Bedford, aquí tiene usted á su ayudante.

BED. Entra, Merton. (A Raffles.) Con permiso de usted.

RAF. Es usted muy dueño. (Entra Merton, seguido de Raffles.)

ESCENA V

DICHOS y MERTON

BED. (A Merton.) ¿Qué hay?

MER. Que ya sabemos donde está. Está en el tejado.

BED. Bueno: no perderle de vista... ¡Prudencia, mucha prudencia! ¿Sabe que se le vigila?

MER. No: seguramente ni se lo sospecha siquiera.

BED. Bien. Nada tengo que recomendaros. Allá voy en seguida. (Vase Merton.) Ya ve usted, amigo Raffles, que Crawshay no le perdona la visita.

RAF. Lo que siento es no estar aquí para recibirle, pero confío en que me dejará su tarjeta. Porque esta noche Enrique y yo comemos en el club. ¿Quiere usted acompañarnos?

BED. (Acercándose al sofá.) Lo siento mucho. No puedo.

RAF. Pues si quiere usted volverme á ver esta noche en esta su casa, yo tendré mucho gusto en ello. El portero tiene la llave y se la dará á usted si cuando usted llegue no he venido yo todavía. Yo se lo ordenaré. (Bedford se pone el gabán ayudado por ellos.)

BED. Gracias, muchas gracias. Es usted amabilísimo.

RAF. Confío en que encontrará usted lo que busca. (Riéndose.)

BED. Hoy, antes de media noche, habré recuperado el collar y le ganaré á usté las quinientas libras.

RAF. (Riendo.) Eso sí que no lo creo.

BED. Pues yo sí lo creo. (Estrecha la mano á Enrique, sin mirarle y sin quitar la vista de Raffles, quien sonríe irónicamente.) Buenas noches, señor Manders. Buenas noches, Raffles. (Mutis.)

ESCENA VI

FAFFLES y ENRIQUE

ENR. (Cerca de la mesita arregla los vasos.) Voy creyendo en que tiene razón Jorge... Este Bedford es un aguafiestas.

RAF. (Ha estado escuchando hasta convencerse de que Bedford se iba de veras. Cambia completamente de expresión y se acerca á la ventana para mirar de lado, de modo que no puedan verle á él. Después de mirar hace un gesto de rabia.) Sí.

ENR. Pero sepamos... ¿A quién busca?

RAF. Al Anónimo.

ENR. ¿Y por qué le busca aquí?

RAF. Porque... porque está aquí.

ENR. ¿Aquí?... ¿Dónde?

RAF (Pausa.) ¡Enrique!

ENR. ¿Qué tienes?

RAF. ¿No lo comprendes?

ENR. ¿Qué quieres decir?

RAF. ¿No adivinas nada?... ¿No supones nada?

ENR. ¿Pero qué?...

RAF ¿No tienes ni la sombra de una duda, ni la más ligera sospecha?

ENR. (Riendo.) ¡Vamos! .. ¡Estás de buen humor!... ¡Quieres hacerme reir!... (Ríe.)

RAF. Te aseguro que no es el momento más á propósito...

ENR. ¿Pero qué tienes?... ¡Acaba!

RAF. ¡Toma, pues, imbécil!... (Le tira el collar sobre el velador.)

ENR. (Da un grito y retrocede hasta la silla derecha de la mesa.) ¡El collar!... (Se deja caer sobre una silla.)

RAF. ¿Comprendes ahora?

ENR. (Mirándole con una gran expresión de angustia.) ¿Tú?... ¡Tú!... ¡Mi camarada, mi amigo, mi hermano!...

RAF. Lo que yo hacía no me ha impedido jamás quererte como á un hermano.

ENR. ¡Tú!... ¡El hombre más digno que he conocido!

RAF. De día, sí... Pero por la noche... ¿No te he dicho muchas veces que vivía de mi propio ingenio? Hace tiempo que debías haber sospechado la verdad.

ENR. Sí, sí. Ahora recuerdo una porción de cosas... ¡Tú!... ¡tú!... ¡No puede ser, no puede ser!

RAF. ¡Pobre amigo mío!

ENR. Yo te suplico, Raffles, que me despiertes de esta horrible pesadilla... ¡Dime que no es verdad!

RAF. ¡Pobre amigo mío!... Nunca hubiera creído que tenías tan buena opinión de mí. ¡Da miedo pensar cuántas buenas opiniones inmerecidas hay en el mundo! (Pequeña pausa.) Pero recuerda, recuerda nuestros tiempos del colegio: ¡cómo me gustaba afrontar los

peligros, escaparme saltando las tapias!... ¡Quién sabe si así se educaron mis instintos! ¡Y tú, tú eras quien se ofrecía para ayudarme á dar el salto!

ENR. ¡Al fuego me hubiera arrojado por ti!

RAF. ¡Puede que ahora se te presente ocasión de hacerlo!

ENR. Sí, al fuego. Por ti estaba pronto á todos los sacrificios. Te quería, te admiraba, me sentía dominado por tu voluntad. Te juzgué siempre el más honrado, el más valiente, el mejor de todos mis camaradas. (Raffles prepara un whisky con soda.) Acabas de envenenar los dulces recuerdos de mi infancia Has destrozado de un golpe mi vida entera. Todo está perdido para mí. Ni Gwendoline, ni amigo, ni recuerdos, ni esperanzas... ¡Y esa deuda de juego que no podré pagar nunca! ¡Todo lo he perdido! ¿Qué tengo yo que hacer en el mundo?... (Ve el revólver, comprueba que está descargado, lo carga rápidamente, y cuando Raffles se acerca á él lo oculta bajo un periódico.)

RAF. (Ofreciéndole de beber.) Vamos, calma. Bebe.

ENR. ¡Que hayas sido tú!... ¡Tú!... ¡Un ladrón!

RAF. ¡Ah!... ¡Un ladrón!... (Se acerca á la mesa donde deja el vaso.) ¡Por fin has pronunciado la palabra! (Pausa.) Pero sé justo al menos, ya que no sabes ser generoso. (Se le acerca y le dice al oído.) Mira, puedes lograr una buena recompensa. Yo en tu lugar...

ENR. (Encolerizado.) ¡Raffles!

RAF. (Acercándose á la puerta de la izquierda.) Llámalos... No deben estar lejos. Te oirán.

ENR. ¡Calla, calla! ¡Eso nunca! ¡Denunciarte yo, que sería capaz de todo por salvarte!

RAF. ¿Qué?... (Volviéndose desde la puerta.)

ENR. Sí. Ya estoy perdido. Haz de mí lo que quieras. Juntos empezamos la vida, la acabaremos juntos.

RAF. ¡Te reconozco! (Acercándose á él.) Eres el amigo de siempre. Mira, yo no tengo miedo. Vamos á luchar y á vencer á esa jauría.

ENR. Sí, sí; pero pronto, pronto. ¿Qué tengo yo que hacer?

RAF. Nada, esperar; que es lo más difícil en este oficio.

ENR. (Mirándole.) ¡Y no haberlo sospechado nunca!

RAF. No hay nadie en el mundo que sospeche de mí.. Excepto Madame Vidal. (Bebe.) Y me gustaría saber si se atreve...

ENR. (Sentándose junto al escritorio.) Pero, ¿cómo puedes hacer eso? ¿Cómo puedes hacer eso, desgraciado?

RAF. ¿Crees que no me lo pregunté á mí mismo muchas veces? ¡Qué sé yo! ¡Lo llevo en la sangre!... Cuando escalaba las tapias del colegio, era porque me atraía lo prohibido; era un placer criminal que germinaba en mí... Amo el peligro, la emoción, y me regocija y me entusiasma mi obra, cuando veo que todos y que todo han sido impotentes para destruirla. Entonces me creo un ser superior... Y lo soy... Sí; soy un artista. El arte tiene muchas formas de expresarse para admirar á las gentes. Y al Anónimo le admiran hasta los que le temen y los que le persiguen.

ENR. ¡Raffles!

RAF. Precisamente si me he dedicado al cricket y he llegado á ser un campeón famoso, ha sido, no sólo porque me servía para alejar toda sospecha de mí, sino porque tiene cierta afinidad con mi otra profesión.

ENR. ¿Qué dices?

RAF. Sí, sí.. Hay que buscar un punto débil y hay que triunfar de quien lo defiende... Viene á ser lo mismo. Pero las emoeiones de toda una vida de cricket, no son comparables á las de un solo minuto pasado en la noche obscura, en espera del momento propicio..

ENR. ¡Raffles!..

RAF. ¡Hay que experimentarlo para saberlo! (Pequeña pausa.) Estás en tu escondite envuelto en la más completa obscuridad, rodeado del misterio, en el mayor silencio, que ni tu propia respiración se atreve á interrumpir... De pronto el ruido tenue, insignificante, apenas perceptible de una puerta que se abre, estalla en tu cerebro como un estampido formidable... Cesa de latirte el corazón y parece como si se te subiera á la

garganta, como si quisiera ahogarte... La palpitación de las sienes se hace dolorosa y tus ojos se abren, se abren cada vez más, desmesuradamente, fijos en el vacío, para interrogarle, para adivinarle... Es alguien, quizás, que creyó oir un ruido, que se ha levantado y que se acerca... Te quedas suspendido en tu misma ansiedad, viviendo siglos enteros en un segundo; y en el fondo de aquel espanto encuentras un inmenso valor, el que te hace falta para vencer. Y cuando te convences de que no se abrió ninguna puerta, de que nadie se acuerda de ti, de que estás allí solo, una oleada de aire puro se te entra por los pulmones y por todo tu ser se difunde un torrente tumultuoso de vida que recorre tus venas, que te inunda el corazón... ¡Resucitas! Créeme, bajo mi palabra de malhechor: esa espantosa partida apasiona más que ninguna del mundo... (Pequeña pausa.) Pero la de esta vez es la última, la definitiva... (Se levanta.)

ENR. (Levantándose también y tendiéndole las manos.) ¡Pues bien, te ayudaré y la ganaremos!

RAF. (Estrechándole la mano.) Sé que eres capaz de hacerlo, pero no te lo consentiré.

ENR. ¡Ya es tarde!... ¡Ya es demasiado tarde!

RAF. No, no... Déjame... Ya me las arreglaré yo solo.

ENR. ¿Dejarte?... ¡Nunca!

RAF. No, no quiero .. Sal de aquí... Bedford va á volver... Puede registrar otra vez... (Cogiendo el collar.) Lo que es preciso es poner esto fuera de su alcance. Toma. Guárdalo hasta que yo te lo pida.

ENR. ¿Yo?

RAF. Sí; pero para que no lo tengas en el bolsillo te voy á improvisar un estuche... (Busca en los cajones del escritorio y luego en el almarito de donde sacó el whisky; saca una bolsa de tabaco. Enrique bebe, mientras.) ¡Mira! La bolsa del tabaco... No habrá nada mejor... (Saca el tabaco y empaqueta el collar en la bolsa.)

ENR. (Va á beber y dice de pronto.) ¿Oyes?... (Le indica con la cabeza la puerta del foro. Raffles escucha y hace una seña de asentimiento, después deja la bolsa

sobre la mesa, y ambos, de puntillas, se acercan á la puerta abriéndola bruscamente, tirando cada uno de un tirador. Aparece Crawshay pálido y resuelto. La ventana está abierta, y por ella se ve colgar una cuerda por fuera. Pausa.)

ESCENA VII

DICHOS y CRAWSHAY

CRAW. (Se acerca á la puerta.) No me esperaban ustedes, ¿verdad, señores? ¡Pues aquí estoy!

RAF. (Que ha vuelto tranquilamente á la mesa y sigue empaquetando el collar en la bolsa de tabaco frente á Crawshay, á quien no vuelve la espalda ni un momento.) ¿Qué tal le va á usted desde la última vez que nos vimos? ¡Pase, pase sin miedo! ¿Qué desea usted? (Enrique junto al sofá, á la izquierda de Raffles.)

CRAW. (Avanza hasta el centro de la escena.) ¿Que qué quiero? (Con rabia admirativa.) ¡Quiero lo mío!

RAF. Explíquese usted más claramente, porque no le entiendo, amigo mío. (Sigue empaquetando la bolsa.)

CRAW. No se burle usted. No quiera usted engañarme como á todo el mundo. (Separa la silla que está á la derecha del velador y la pone en el centro de la escena, con el respaldo oculto hacia el público.) ¡Me asombra su desfachatez! ¡El señor pavoneándose dentro de la casa, y yo de plantón en el jardín!... ¡Tú tienes los brillantes! ¡Dámelos!... (Le tiende la mano.)

RAF (Ofreciéndole la bolsa del tabaco.) ¿Un poco de tabaco?

CRAW. (Apartándola con el gesto.) ¡No se trata ahora del tabaco! (Raffles se encoge de hombros, se ríe y echa la bolsa sobre el velador, con espanto de Enrique.) ¡Quiero mi parte en los brillantes!

RAF. Me están dando intenciones de acercarme á esa puerta y llamar á la policía.

CRAW. ¿La policía?

RAF. Sí, la policía, que le sigue á usted los pasos y le busca á usted ahora mismo en esta casa.

CRAW. Bueno, nos cogerán juntos.

RAF. ¡Perfectamente! (Se acerca á la puerta izquierda.)

CRAW. (Interponiéndose.) ¡No, no lo hará usted! Aunque pudiera hacerlo, no lo haría usted

RAF. (Junto al sofá.) ¿Por qué?

CRAW. Porque somos compañeros; porque somos lo mismo; porque tiene usted tán poca gana como yo de que le pesquen. Le buscan á usted más que á mí... Al Anónimo es á quien quieren coger... Yo ya sé quién es el Anónimo.

RAF. ¿Quiere usted un poco de whisky con soda?

CRAW. (Amenazador.) No; lo bebo puro. Pero lo primero son los negocios. No crea usted que va á disfrutar tranquilamente de esa alhaja que me ha costado mi trabajo... ¡No lo crea usted!

RAF. ¿Comprendes la situación, Enrique? (Pone una rodilla en la silla que movió Crawshay.) Nuestro amigo, aquí presente, tiene empeño en caer en el abismo sin fondo de la servidumbre penal... Y está noblemente dispuesto á arrastrarnos con él.

CRAW. Ni más ni menos.

RAF. Convéncete por la sinceridad de sus palabras, aunque su gesto y su expresión te parezcan obscuros... Mira, mira ahora los ojos de la bestia; esos ojos dulces y magníficos.

CRAW. ¡Ya se está usted burlando otra vez! (Amenazándole.) ¡Hablemos más claro!

RAF. (Separándose de la silla en que estaba apoyado.) Conformes: hablemos con la claridad que usted quiera: Yo me encargo de todo y le salvaré á usted á pesar de su idiotez.

CRAW. ¡Pero!...

RAF. (Enérgico.) ¡Y basta! Está usted hablando con un hombre superior á usted. ¡Con su amo!

CRAW. ¿Qué dice usted? (Pausa.)

RAF. Y tiene usted que obedecerme. Yo le salvaré con arreglo á mi plan. Si no le conviene, esa es la puerta. ¡Salga usted, diga lo que quiera y que el diablo nos lleve á todos!

CRAW. ¡Ajajá! ¡Así se habla! Gracias á Dios que le oigo á usted hablar en mi lenguaje...

RAF. Entonces, sepárese usted de esa puerta. (Crawshay obedece.) Tú, Enrique, vete á vestir

y no me esperes. Nos encontraremos en el Club.

ENR. Prefiero esperarte.

RAF. No me esperes... porque comprometerías el éxito...

ENR. No, no, te lo suplico.

RAF. Déjanos solos al señor Crawshay y á mí, para que arreglemos nuestros asuntos como lobos de la misma camada.

ENR. ¡Sin embargo!...

RAF. No es cosa de juego. Vamos, vamos, vete. (Enrique se decide á irse, á su pesar, mirando á Crawshay que no aparta la vista de él. Coge el sombrero y el gabán y se los pone andando.) ¡Toma! ¡Que te olvidas de tu bolsa de tabaco! (La coge. A Crawshay.) ¿Una pipa?

CRAW. (Gruñendo.) ¡He dicho que no!

RAF. (A Enrique.) ¿Le oyes? (Toma un cigarrillo de la mesa. Le echa la bolsa á Enrique.) Cuida de no perderla, porque de ese tabaco se fuma muy pocas veces.

(Enrique coge la bolsa al vuelo y se marcha. Raffles cierra la puerta apenas ha salido Enrique, da vuelta á la llave y se la guarda en el bolsillo.)

ESCENA VIII

RAFFLES y CRAWSHAY

RAF. Y ahora, amigo Crawshay, ya estamos solos y cara á cara. Usted no se puede marchar por el mismo camino que le trajo, porque le acechan desde el tejado. ¿Qué puedo hacer en su favor?

CRAW. Ya lo he dicho: los brillantes. Quiero los brillantes ó tu pellejo. (Amenazándole con el puño.) ¡Y ahora hablo yo!...

RAF. (Encendiendo el cigarrillo.) Bueno, pero que no sea para decir tonterías. (Apaga la cerilla de un soplo.)

CRAW. Si vuelve usted á burlarse, le rompo la cabeza. (Raffles deja la cerilla sobre la mesa y se dirige á la derecha. Crawshay, creyendo que no le ve, se arroja sobre él. Raffles le espiaba y para el golpe con la silla que ha quedado en el centro de la escena.)

RAF. ¡Pobre Crawshay! ¡Qué mal genio tiene usted!

CRAW. ¡Vamos! ¡Venga el collar!

RAF. ¡Brillantes á Crawshay! No los volverá usted á ver, ni yo tampoco. (Raffles, riéndose, coloca de nuevo la silla en su sitio, cuidadosamente. Este movimiento es muy importante, pues es preciso que la silla quede muy bien colocada para cuando más adelante caiga Crawshay en ella.)

CRAW. Entonces, venga mi parte si los ha vendido usted.

RAF. Yo no he vendido nada. Usted no los quiso cuando se los ofrecí y han vuelto á tomar el camino que los lleva á su verdadera propietaria.

CRAW. ¿Que yo no los he querido? (Raffles pasa delante del velador.)

RAF. Estaban hace un momento en la bolsa de tabaco que le ofrecí á usted.

CRAW. ¡La bolsa de tabaco! (De pronto comprende y da un grito.) ¡Ah, de esta no te escapas! (Apoya las manos en el velador sobre el periódico que tapaba el revólver, descubre el arma, la coge y apunta á Raffles.) ¡Ahora eres mío!

RAF. (Riéndose se acerca á Crawshay para dejar el cigarrillo.) ¡Aprieta el gatillo! ¡Vamos!... ¡Tira!... ¡Tan vacío está el revólver como tu cabeza!

CRAW. (Mira el arma, ve que está cargada y dice triunfalmente.) No, no... ¡Eres mío! (Le apunta.)

RAF. (Convencido de su error, retrocede hasta el respaldo del sillón de la mesa escritorio.) Pues bien, te ahorcarán... Tira... ¿No sabes que el revólver hace un ruido atroz?... Te oirán. (Se oye ruido de voces lejanas.) ¿Ves? No andan muy lejos... Caerás en sus manos.

CRAW. ¡Ah!

RAF. ¿No has visto condenar á muerte á ningún hombre?

CRAW. No.

RAF. Yo sí. Es un espectáculo espantoso... Los magistrados rígidos, impasibles, severos, puestos en pie... El fiscal con el gesto inflexible de la ley... Los birretes negros, las togas negras... Todo negro... Ya... ya lo verás... cuando te llegue el momento... El asesino á

quien yo ví condenar se agarraba á la barra, sudoroso, cadavérico... (Se oyen voces que llaman.) ¿Oyes?

CRAW. ¿No será la policía?

RAF. Sí, sí... Cuando se lee la sentencia, hay un sordo murmullo por toda la sala. Es la primera oración por el muerto. Después te llevan al calabozo, luego te ponen en capilla y al romper el día al lugar del suplicio para ahorcarte... (Crawshay se ha acercado poco á poco, muy emocionado. A las últimas palabras cae en la silla.) Siéntese usted, siéntate. También puedes sentarte delante del tribunal... Y te sostendrán para ir á la horca, si te tiemblan las piernas como ahora. (Crawshay deja caer el revólver y se enjuga la frente, anonadado en la silla. Raffles se guarda el revólver, atraviesa la escena hasta donde está el whisky, bebe, un poco repuesto mira á Crawshay sonriéndose y silba suavemente: sirve whisky en un vaso y se lo ofrece á Crawshay.) ¿Un poco de whisky?... Está puro, ¿eh? puro... (Con voz sorda.) Ha hecho usted bien. Valgo yo muy poco para que hubiera usted sufrido harto. (Voces en los tejados: *Por aquí ha pasado... Aquí hay una cuerda... ¡Pronto, pronto! ¡Se nos va á escapar!* Escuchando.) ¿Oye usted?... Le siguen de cerca. Estarán aquí antes de dos minutos... (Crawshay, enloquecido, intenta huir por la puerta izquierda. Raffles cierra la del foro.)

CRAW. ¡Dios de Dios! Me van á coger como en una ratonera...

RAF. (Junto á la puerta grande.) No me ha visto usted cerrar con llave. ¿Me cree usted capaz de dejarle caer en los brazos maternales de la ley? Ya ve usted qué tontería ha hecho entrando aquí.

CRAW. ¡Ah! la ventana. (Raffles le coge y le impide acercarse. Voces en el fondo: *¡Pronto, pronto! ¡No hay que perder un segundo! ¡Vamos pronto!* Siguen las voces.)

RAF. ¡No haga usted eso! ¡La ventana está vigilada!

CRAW. ¡Por Dios! ¡Sáqueme usted de aquí! ¡Ayude usted, ayúdeme usted!

RAF. ¡Vamos, bruto, aunque no lo mereces, voy á enseñarte tu oficio, y á ponerte á salvo!

(Rapidamente entra en la habitación del foro, saca una cuerda, va á la ventana izquierda, la abre, echa por fuera un extremo de la cuerda y da el otro á Crawshay para que lo ate á la pata de la chaise-longue.) Ese es tu camino. (Voces detrás de la puerta izquierda.) *¡Abra usted, señor Raffles! ¡Abra usted pronto!* (Golpean furiosamente la puerta y llaman al timbre. Raffles tira la silla de la izquierda, con el respaldo por delante del velador, y lo mismo la silla de la derecha. Luego cambia de sitio el sofá de la derecha. Tira también el velador.) Es una ventaja esta niebla tan densa, sobre todo si no hay más que un hombre abajo. A ti te toca desembarazarte de él. (Derriba una silla, la lámpara, etc...) ¡Vamos, Crawshay!

CRAW. (Disponiéndose a huir por la ventana.) ¡Oh, Raffles! ¡Mi amo! ¡Qué jefe hubiera usted hecho!

RAF. ¡Huye! (Timbre y voces en la puerta izquierda.) ¿Tienes algún pañuelo? (Crawshay le da el que lleva liado al cuello.) Sí: este me servirá. Me lo guardo como recuerdo tuyo. (Crawshay desaparece. Raffles humedece el pañuelo con un frasco de cloroformo que saca del armarito y luego tira el frasco por la ventana.—Voces fuera: *¡Derribad la puerta!)* ¡Imbéciles! Se han olvidado de la llave.

BED. (Fuera.) ¡Esperad: el portero tiene la llave! Merton, corre á buscarla.

RAF. ¡Ah, Bedford! Gracias á ti voy á tener tiempo de cenar con Enrique. (Pasa rápidamente a la habitación del foro y cierra detrás de sí las dos batientes de la puerta. Mientras está sola la escena se ve que la cuerda atada á la pata de la chaise-longue arrastra este mueble hasta pegarlo á la ventana, cerca del escritorio. Oyense voces, porrazos, etc. Luego ruido de derribar la puerta.)

ESCENA IX

Entran MERTON, el PORTERO, BEDFORD y ENRIQUE. Luego RAFFLES. Merton y el Portero corren al foro, abren la puerta grande y descubren á Raffles, tendido en tierra, con una ligera herida en la frente y con el pañuelo de Crawshay liado al rostro

PORT. ¡Está muerto!

BED. ¡Un asesinato por venganza! (Ayudado por En-

rique, saca a Raffles, de pie, al proscenio. Bedford a la izquierda, Enrique á la derecha y le quita el pañuelo.) ¡Y con cloroformo!

ENR. ¡Vive! ¡Vive!... ¡Vuelve en sí!

BED. Es una herida insignificante... Se conoce que no le ha dado tiempo.

RAF. ¡Ah! .. ¿Eres tú, Enrique?... ¡Aire!... ¿Es usted, Bedford?... ¡Ah! Tenía usted razón. Ha venido ese bárbaro. Déjenme ustedes respirar un poco. ¿Le han cogido?

MER. (A la ventana.) Ha escapado por la ventana. Ya debe de estar lejos.

RAF. (Mientras Bedford examina el pañuelo, en el proscenio, á la izquierda.) ¡Qué desgracia! (A Bedford.) ¡Cuánto lo siento por usted! (Guiña un ojo á Enrique que le sostiene entre sus brazos y le dice, aparte.) ¡Qué difícil es hacerse una pequeña herida! ¡Es más fácil suicidarse de veras! (Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La misma decoración. Son las once y media de la noche del mismo día. La habitación está perfectamente arreglada. Sobre la mesita cercana al sofá un vaso de whisky. Se siente abrir con llave la puerta de la izquierda y entra el portero seguido de Bedford y Merton. El portero enciende la luz eléctrica y queda junto al sofá; los otros al medio de la escena.

ESCENA PRIMERA

El PORTERO, BEDFORD y MERTON

BED. (Al Portero.) Muchas gracias. (El Portero les mira sin moverse.) Y puede usted retirarse.

PORT. Bien... El señor Raffles no ha vuelto todavía.

BED. Ya lo veo.

PORT. (Deja un paquete de cartas sobre el escritorio, cuya lámpara enciende.) ¡De buena ha escapado el señor Raffles.

BED. ¡Ya lo puede usted decir!

PORT. ¿Y el ladrón, caballero?

BED ¡Ese no ha tenido tanta suerte!

PORT. ¿Piensa usted esperar al señor?

BED Sí; voy á esperarle.

PORT. Perfectamente. Me ha ordenado que si usted venía le dijera que puede estar como en su propia casa.

BED. Le agradezco mucho esa prueba de confianza. (Acompaña al Portero hasta la puerta. Mutis el Portero. Merton examina atentamente la caja del reloj.)

Este es el reloj de que te he hablado. Está cerrado con llave y perfectamente sujeto á la pared. Yo creo que dentro debe tener una caja de caudales. (Merton intenta abrirle, luego saca del bolsillo un manojo de llaves y una palanqueta que deja sobre la chaisse-longue.) ¿Cuánto tiempo necesitarás?

MER. ¿Para esto? Tres segundos.

BED. Pero sin estropearlo.

MER. Entonces medio minuto. (Se pone á trabajar y cambia de herramienia. Llaman á la puerta de la izquierda.)

BED Espera... Alguien viene... No pueden ser Raffles ni su amigo Enrique, porque no llamarían. Guarda todo eso inmediatamente. (Merton se guarda las herramientas. Bedford va á abrir y se queda detrás de la puerta por donde entra Madame Vidal en traje de soirée. Beldford la saluda cuando ella está en medio de la escena.) Señora... ¡Cuánto celebro verla!

ESCENA II

DICHOS y MADAME VIDAL

VID. ¡Señor Bedford!... ¡Aquí!... Es una verdadera sorpresa. ¿Y...? (Señalando á Merton. Bedford la ayuda á quitarse el abrigo que coloca sobre el respaldo del sofá.)

BED Mi ayudante... Puedes dejarnos, Merton. (Mutis Merton por la izquierda.)

VID. ¿Su ayudante?... Entonces ha venido usted á hacer una visita profesional?

BED Justo. La de usted, en cambio, es puramente amistosa, ¿verdad?

VID. Precisamente,

BED ¡Lástima que él no esté aquí! (Pausa.)

VID. ¿Se marcha usted, señor Bedford?

BED. ¿Y usted, señora?

VID. Yo no.

BED Ni yo tampoco. (Sentándose junto al velador.)

VID. ¿Entonces le esperaremos juntos? (Sentándose idem.)

BED. Esto le gustará mucho. (Pausa larga.) ¿Qué niebla tan tremenda, verdad?

VID. Sí. Insoportable... Hace un tiempo á propósito para los que tengan que escaparse de algo.

BED. ¿Por qué?

VID. ¡Cualquiera los encuentra en una atmósfera tan impenetrable!

BED. ¿Es que piensa usted en el amigo Raffles al decir eso?

VID. ¡Qué disparate, señor Bedford!

BED. ¿Disparate?... sabe usted lo mismo que yo, que el hombre á quien los dos aguardamos puede que no venga.

VID. ¿Por qué no ha de venir?

BED. (Sin hacer caso de la interrupción.) Y hará perfectamente; porque estoy seguro, Madame Vidal, que esta noche no la trae á usted aquí más objeto que proponerle una reconciliación.

VID. ¿Una reconciliación?

BED. (Como antes.) Sí, señora, sí; sólo ha venido usted á presentarle su *ultimatum:* ó firma el tratado de paz que piensa usted ofrecerle con la más dulce de sus sonrisas, ó le denuncia usted inmediatamente.

VID. ¿Qué dice usted?

BED. (Sentándose cerca de ella.) Vamos, vamos, señora... Hablemos como buenos amigos, y permita usted á un hombre de experiencia que la diga una cosa: Raffles no se reconciliará con usted.

VID. Pero...

BED. No se reconciliará con usted porque tiene en el alma la imagen de otra persona. (Movimiento de Madame Vidal.) No crea usted que yo lo apruebo... Comprendo perfectamente que usted proteste y se revele... Cuando se tiene juventud, hermosura, inteligencia, todos esos encantos que usted posee, es muy duro, demasiado duro, sentirse desdeñada hasta ese extremo...

VID. (Levantándose.) ¿Y quién le ha contado á usted semejante historia, señor Bedford?

BED. (Idem.) Sus ojos, sus propios ojos, señora, que son tan bellos como elocuentes... He visto más de lo que usted se figura, anoche y esta mañana, en casa de nuestro amigo el

señor Conde... La aseguro á usted que no he perdido el tiempo...

VID. ¿Y todos esos trabajos, le han dado á usted el resultado que se prometía?... ¿Tiene usted ya el collar, como nos ofreció orgullosamente?

BED. Todavia no.

VID. ¡Es una lástima!

BED Sí; pero mientras he encontrado á la mujer de la perla negra.

VID. ¿Está usted seguro?

BED Completamente... Estas son las casualidades que se ofrecen en mi profesión: los azares del oficio... Se busca un collar y se encuentra una mujer...

VID. ¿Y esa mujer?...

BED. Es usted, señora.

VID. ¿Yo?... ¿Yo?...

BED Madame Vidal, no me obligue usted á la incorrección de no creer en sus palabras... He visto y he oído lo bastante...

VID. ¡Ah!... ¿Escucha usted detrás de las puertas?

BED. Algunas veces, algunas veces, y bien á pesar mío...

VID. ¡Acabemos!... ¿Qué exige usted de mí?

BED ¿Exigir?... ¡Oh, señora: yo no exijo nada! La ruego únicamente que se sirva declarar á su debido tiempo que tiene usted la certeza de que el Conde Lançon de Boudray, Andrés Raffles y el Anónimo, no son más que uno: es decir, tres formas distintas de una misma persona... (Ofreciéndola pluma y papel.) Y la ruego también que para no olvidarlo, tenga la bondad de escribirlo... Deme usted ese precioso autógrafo y la dejaré tranquila.

VID. Es decir que...

BED. Que tengo poderes para no dejarla tranquila, y esto me disgustaría mucho: créame usted... Haga usted lo que la digo y no se suponga desmerecer por ello... ¡Una venganza por amor!... El amor todo lo purifica y lo justifica todo.

VID. Bien. Accedo, pero con una condición.

BED. ¿Cuál?

VID. ¡Quiero verle antes!

BED. Para prevenirle.

VID. ¿Qué adelantaría tratándose de un hombre tan poderoso como usted?

BED. Gracias. ¿Quiere usted escribir?

VID. No. No escribiré una sola letra, no diré una sola palabra antes de verle.

BED. Comprendido.

VID. Y no saldré de aquí hasta que le haya visto.

BED. Perfectamente. Y yo, con su permiso, la esperaré á la salida para tener el gusto de acompañarla á un coche.

VID. Es usted muy galante.

BED. Esta galantería es el más rudimentario de mis deberes con una mujer como usted. A los pies de usted, señora. (Mutis izquierda, sin cerrar del todo.)

ESCENA III

MADAME VIDAL. Luego RAFFLES

VID. (Después de una pausa, mira las cartas que hay sobre la mesa y toma una.) Una carta del Hotel Carlton... ¡Ah!... Seguramente es de Gwe doline. (Vacila y por fin la abre y la lee.) «Le estuvimos aguardando para decirle algo muy importante. Mi tío está indignadísimo con lo que sucede. Si no viene usted antes de las siete, iremos esta misma noche á su casa para prevenirle contra las maquinaciones de una infame mujer...» (La rompe con rabia y toma otra.) Y la mía sin abrir... (La rompe también y mira otras.)

RAF. (Que ha entrado tranquilamente y la ha visto maniobrar.) ¿Quiere usted que la ayude?

VID. ¡Ah!... ¡Me ha asustado usted!... Ha entrado usted como...

RAF. Como un ladrón, ¿verdad?... ¿Y usted?

VID. ¿Se marcha usted de Londres?

RAF. ¿Quién se lo ha dicho?

VID. Para preguntárselo escribí á usted esa carta, que ni siquiera se ha dignado usted abrir. Y he venido á saber la respuesta... (Viéndole arreglar la maleta.) ¿Se marcha usted de Londres?

RAF Sí, me marcho.

VID. ¿Sólo?

RAF Sólo.

VID ¡No!

RAF ¿Qué dice usted?

VID. Que no podrá usted salir de aquí sino detenido... Ya se jugó usted su última carta.

RAF. El cazador vigila y usted quiere ver cómo cazan á la fiera... ¡Ay!... Siento muchísimo privarla á usted de esa satisfacción... Yo abandonaré libremente la libre Inglaterra cuando me plazca, para marcharme á donde me parezca... (Mete algunos libros en la maleta.)

VID. No se irá usted. No olvide que Bedford acaba de salir...

RAF No soy tan ingrato. Olvidar á Bedford, á quien debo una de las más divertidas aventuras de mi vida... Tengo además que cobrarle las quinientas libras de la apuesta, que ha perdido.

VID. Raffles... Andrés... No olvides que yo soy la única persona que te puede amar ó aborrecer... la única persona que puede salvarte ó perderte: la única persona que podría contar tu historia, toda tu historia...

RAF. Y ha prometido usted ya á Bedford mi biografía.

VID. Pero puedo faltar á mi promesa.

RAF ¿Con qué condición?

VID. ¡Con la de que no te vayas solo!...

RAF. (Después de una pausa va á la puerta izquierda y la abre.) ¿No ha traído usted su coche?

VID. ¿Es esa su respuesta? (Toma el abrigo y se lo pone: Raffles la ayuda.)

RAF. ¿Quiere usted que avise uno?

VID. ¡¡Raffles!... (El reloj da las once y tres cuartos.)

RAF. ¡Ah, este reloj!... Cómo me recuerda que se atropellan los cuartos de hora...

VID. Sí: acaba usted de pasar un cuarto de hora cruel, pero peores serán los que le esperan. Daría usted hasta la última gota de su sangre porque no hubiese llegado este momento terrible; y yo también quisiera revivir las horas que pasaron. Pero usted lo ha querido... Tanto peor para usted... (Pausa. Mutis Madame Vidal. Raffles la acompaña hasta la puerta y

cierra. Después reflexiona delante del sofá. Con un movimiento de coraje coge la maleta y la tira violentamente al rincón de la derecha. Saca un revólver del bolsillo y busca en el sofá una buena postura para levantarse la tapa de los sesos. Repentinamente cambia de idea y hace un signo negativo; sonríe, se levanta, se guarda el revólver en el bolsillo y va á beberse el vaso de whisky que está sobre la mesita. Va á la puerta del foro y cambia la llave de dentro á fuera. Llaman á la puerta de la izquierda, vuelven á llamar, se oye silbar, Raffles va á abrir y vuelve con Enrique.)

ESCENA IV

ENRIQUE y RAFFLES

ENR. Madame Vidal ha salido de esta casa. (Deja el sombrero y el gaban sobre el sofá de la izquierda.)

RAF ¡A quién se lo dices!...

ENR. ¿Qué quería?

RAF Todo... Ha visto á Bedford.

ENR. ¡Mal demonio se los lleve!... Traigo los billetes. El vapor saldrá de madrugada, pero podemos embarcar esta noche.

RAF. ¿Los billetes?

ENR. Sí; dijiste que uno, pero yo traigo dos.

RAF ¿Dos?

ENR Me voy contigo, Raffles... Yo también estoy necesitado de reposo y de olvido en un país de sol y de silencio... Yo también quiero reconstruir mi vida.

RAF Es demasiado tarde; para mí por lo menos.

ENR. ¿Para tí?... Nunca es tarde para hacer lo que tantas veces me has aconsejado... Recuerda tú ahora nuestro lema del colegio: «Dinero perdido, poco perdido; honor perdido, mucho perdido.»

RAF Mucho... Mucho más de lo que yo me imaginaba.

ENR. Sí, pero no tanto.. «Corazón perdido, todo perdido...» Y tú no perderás nunca el corazón.

RAF. Dices bien, Enrique... Tus palabras me animan.

ENR. ¿No crees que habrá todavía un medio?...

RAF Lo que te aseguro es que no me cogerán vivo... (Enciende un cigarrillo, siente ruido por la puerta izquierda y escucha. Hace señas á Enrique de que vaya á enterarse. Enrique va de puntillas y abre la puerta. Entra Bedford.)

ESCENA V

DICHOS, BEDFORD

BED. Gracias, señor Manders. Ya iba yo precisamente á llamar.

RAF (Mirando la hora.) No sabe usted cuánto he sentido no estar aquí cuando vino usted.

BED. ¿Ha visto usted á madame Vidal?

RAF Sí... ¿Y usted también?

BED. Sí.

RAF. ¿Ahora?

BED. Ahora mismo.

RAF Así, pues, asunto terminado, ¿no es eso?

BED. Sí.

RAF ¿De modo que?..

BED De modo que, señor Raffles, sólo me queda que tomar una medida muy desagradable.

RAF. Prenderme.

BED. Precisamente.

RAF ¿Dónde está el mandamiento?

BED. Ya comprenderá usted que no me iba á olvidar de ese detalle. Le trae el comisario, que espera abajo con un agente hasta que yo le llame. (Va hacia la ventana.)

ENR. ¡Y este es el hombre que se rebajaba colaborando con la policía! (Bedford se detiene un momento y continúa hacia la ventana.)

RAF Ahora sólo me falta saber quién de los dos ganará la apuesta. (Señalando el reloj.) No faltan más que diez minutos y todavía no ha encontrado usted el collar.

BED. Es verdad: no he encontrado más que al ladrón.

RAF Por lo que le felicito.

BED. Gracias. (Llaman á la puerta. Entra el Portero y la sostiene.)

ESCENA VI

DICHOS, el PORTERO, el CONDE, GWENDOLINE. Después MERTON

PORT. Por aquí, señor. (Mutis después que han entrado.)

RAF ¡Gwendoline!

CONDE Señor Bedford. (Aparte.) ¡Todavía este hombre!

BED. ¿Ustedes por aquí?... Sabrán sin duda que el señor Raffles quería marcharse de Londres y han venido á despedirle.

CONDE No, no, señor Bedford... Hemos sabido sus absurdas sospechas y venimos á decirle al amigo Raffles lo que nos parecen.

RAF (A Gwendoline.) Usted no ha debido venir, señorita.

GWEN ¿Por qué?

CONDE Ha sido ella precisamente quien tuvo más empeño en venir. Y yo también vengo con mucho gusto, en mi nombre y en el de todos los míos

RAF ¡Nunca sabré cómo agradecérselo!

BED (Al Conde.) ¿De modo que les parecen á ustedes completamente absurdas mis sospechas?

CONDE Completamente, señor Bedford... Y considero la manera como ha llevado usted este asunto, como una mancha en su carrera. Aquí tiene usted lo que yo pienso.

GWEN. Calma, tío, calma.

BED. No quiero replicarle á usted, señor Conde; pero, desgraciadamente, ya es demasiado tarde para variar de plan.

GWEN. ¿Demasiado tarde?

CONDE Hasta ahora ha perseguido usted al Anónimo, pero yo le aconsejo á usted que se dedique á buscar otra cosa bastante más difícil de encontrar.

BED. ¿Y qué es ello, mi querido amigo?

CONDE El olfato, señor Bedford, el olfato: del que no le queda á usted más que la fama.

BED. ¿Está usted seguro?... Pregúnteselo usted al señor Raffles...

GWEN. ¿Qué es lo que quiere decir?

BED Esto, señorita... Que el señor Raffles...

RAF (Interrumpiéndole.) Señor Bedford, este es probablemente el último favor que voy á pedirle... Mientras usted convence á nuestro amigo el Conde de que no carece de ese precioso don cuya falta sospecha, permítame usted decir á Gwendoline...

BED. No es á mí á quien debe usted pedir ese permiso, sino al señor Conde...

RAF (Al Conde.) ¿Quiere usted permitirme?...

GWEN. ¡Tío!...

CONDE No tengo ningún inconveniente.

BED. (A la puerta izquierda, á media voz.) Merton. (Este aparece.) ¿Siguen abajo esos hombres?

MER. Como me dijo usted que ya estaba cogido, los he mandado marchar; pero tengo dos agentes en esta puerta.

BED. Bien: continúe usted en su puesto y que nadie salga por aquí. (Mutis Merton.)

RAF. (A Enrique.) Acompáñalos á esa habitación. (Enrique abre la puerta del foro.)

BED. (Al pasar, á Raffles.) ¿Palabra?

RAF. Palabra. (Bromeando.) Supongo que no se marchará usted de esta casa sin haber arreglado lo de la apuesta...

BED. Descuide usted.

RAF. ¿Palabra?

BED. Palabra. Cuando usted quiera, señor Conde. (Mutis con el Conde y Enrique por el foro, cuya puerta cierra.)

ESCENA VII

RAFFLES y GWENDOLINE

GWEN. ¿Ha recibido usted mi carta?

RAF. ¿Me ha escrito usted?... ¿Esta tarde?

GWEN. Sí.

RAF. ¡Ah!... La sorprendí revolviéndome los papeles.

GWEN. ¿A madame Vidal?

RAF. Sí, á ella.

GWEN. Pero, ¿qué es de usted esa mujer?... Ah, dispenseme usted... Pero yo he venido precisamente para advertirle, para prevenirle con-

tra sus maquinaciones, contra sus insinuaciones.

RAF. ¿Y si fueran ciertas?

GWEN. ¡Cállese usted!...

RAF. Gwendoline; no dispongo más que de un instante, pero la juro que éste será el más dulce y al mismo tiempo el más penoso de mi existencia.. Porque es preciso que la diga... Sí; es preciso que la diga...

GWEN ¿Qué?

RAF. Sí; es preciso, es preciso...

GWEN. Hable, hable...

RAF. Escuche usted, señorita... Cuando supuso usted á Enrique capaz de una acción infame...

GWEN. Sí, ¿qué?

RAF. Cometía usted una gran injusticia.

GWEM. ¡Es usted un amigo inquebrantable!

RAF. Enrique es el más digno y el más bueno de los hómbres; y yo le suplico á usted que revoque la sentencia pronunciada contra él.

GWEN. Pero...

RAF. La juro á usted que quisiera no escuchar yo mismo las palabras que voy á pronunciar.

GWEN. ¡Me da usted miedo, Raffles!

RAF. El loco, el criminal, el desgraciado causante de este drama, no es Enrique Manders.., Ese invisible y misterioso ser que se vanagloriaba por enemigo de todos y de todo, que no ha pensado más que en el mal, en el mal siempre, en el mal toda su vida; ese hombre...

GWEN. (Da un grito.) ¡Raffles!...

RAF. Sí, Gwendoline...

GWEN. ¡Ah!... (Llorando.)

RAF. ¡Ah, señorita!... Yo no esperaba tanto... Merezco todos los castigos; pero este no... ¡Oh, no llore usted!... Cálmese usted... Y emplee la piedad de su alma en perdonarme... ¡Perdóneme usted!...

GWEN. ¡Yo no le juzgo, le compadezco!

RAF. Si yo hubiese podido evitarla este momento...

GWEN. No, no me pesa. Aunque hubiese sabido esta terrible verdad, no habría dejado de

venir para prevenirle, para salvarle... ¡Me doy horror!... Pero, ¿qué quiere usted?... Cuando el corazón nos guía, no podemos ver el abismo. (Llora.)

RAF. ¡Ah, Gwendoline!... ¡Ahora ya puedo, sin dolor, abandonar la vida!...

GWEN. ¿Qué dice usted?

RAF. ¡No me queda otra cosa que hacer!

GWEN. ¡No hará usted eso!... ¡No hará usted eso!... ¡Es preciso que se salve!

RAF. ¡He dado mi palabra!

GWEN. ¡No!... ¡Por mí!... ¡Sálvese usted... pronto!... Aun tiene usted tiempo. (Señalándole la ventana.) ¡Por aquí!

RAF. (Señalando la puerta del foro.) No: por allá.

GWEN. ¡Raffles!

RAF. Vuelven... no hay que perder tiempo.

ESCENA VIII

DICHOS, el CONDE, ENRIQUE, BEDFORD. Luego MERTON y DOS AGENTES

CONDE (Tomando á Gwendoline en sus brazos.) Ven, ven, hija mía; volvamos á nuestra casa.

GWEN. ¡No!

BED. Es preferible, señorita.

GWEN. ¡No! (Mira á Enrique y se dan la mano los dos. El reloj da las doce.)

RAF. ¡Ah!... Estas campanadas han sonado para nuestra apuesta, Bedford.

BED. Dice usted muy bien.

RAF. Señor Conde; sepa usted que he tenido el gusto de ganar quinientas libras á mi amigo Bedford, puesto que no ha encontrado los brillantes antes de las doce de la noche, como nos había prometido. No los ha encontrado... Aquí están. (Los saca de su petaca y se los da al Conde.)

CONDE ¡El collar!

BED. Permítame usted... (Saca un cheque de la cartera y se lo entrega.) El cheque... Lo traía preparado por si acaso...

RAF. Gracias, mil gracias... Está en toda regla. (Se sienta al escritorio, endosa el cheque, lo mete en

un sobre y se lo da á Enrique.) ¿Quieres hacerme el favor de mandarlo á su destino?

ENR. Pero... ¡es á mi banquero!

RAF. ¿Creías que no me iba á acordar de ti? (Durante este tiempo, Bedford ha hecho entrar á Merton.)

BED. Usted ha ganado la apuesta, pero yo ya tengo al Anónimo.

RAF. ¿Está usted seguro? (Salta bruscamente al cuarto del foro y cierra la puerta con llave.)

BED. ¡Detenedle! (Corre hacia la puerta, pero Enrique la defiende luchando luego con Merton y con los dos Agentes, que salen por la izquierda.)

GWEN. (Con las manos crispadas, llorando.) ¡Dios mío!... ¡Dios mío!

BED. (A Enrique que sigue luchando.) ¡Esto le costará á usted muy caro!... ¿Sabe usted?...

ENR. ¿Y á mí qué me importa?... Ha dicho que no le cogerá usted, y no le cogerá usted, si Dios quiere. (Por fin le vencen llevándole al sofá de la izquierda donde los Agentes le sujetan. Bedford y Merton vuelven á la puerta.)

BEN. ¡Está cerrada!... ¡Derribad la puerta! (Se oye un tiro. Gwendoline y Enrique dan un grito. Pausa.)

ENR. ¡Todo ha terminado!

BED. (Furioso,) ¡Derribad la puerta! (Merton consigue abrirla con su herramienta. Entran Bedford, Merton y los Agentes y luego el Conde. Cuando han desaparecido todos, sale Raffles por la caja del reloj con el revólver en una mano y un dedo sobre la boca. Toma su sombrero y su gabán del sofá de la izquierda. Gwendoline al verle, sofoca un grito de alegría. Raffles hace una seña á Enrique de que cierre y defienda la puerta del foro, como lo hace; y atraviesa la escena rápidamente.)

GWEN. ¿Se apartará usted de ese camino?

RAF. Sí... Lo juro...

ENR. ¡Pronto!... ¡Pronto! (Gwendoline le da á Raffles una rosa que traía en su corpiño y él sale escapado por la puerta izquierda que cierra con llave.)

BED. (Que ha podido por fin abrir la puerta.) ¿Dónde está?... ¿Dónde? (Ve á Merton que sale por el reloj y corre á la puerta de la izquierda que se encuentra cerrada.) ¡Me entusiasma!... ¡Qué diantre!... ¡Es maravilloso!

FIN DE LA COMEDIA

Precio: DOS pesetas